LIBRARY OF PRINCETON
OCT 12 2004
THEOLOGICAL SEMINARY

PER BX1470.A1 V56

Vinculum.

Vinculum

Conferencia de Religiosos de Colombia

LAP

LIBRARY OF PRINCETON
JUN 11 1999
THEOLOGICAL SEMINARY

¡Confiar en el Padre: Un reto a la Esperanza!

Santa Fe de Bogotá, D.C. Enero - Marzo

195
'99

LIBRARY OF PRINCETON
JUN 1 1 199
THEOLOGICAL SEMINARY

Vinculum

Revista Trimestral de Vida Religiosa
Publicada por la Conferencia de Religiosos de Colombia - CRC

¡Confiar en el Padre: Un reto a la Esperanza!

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/vinculum1951conf

INDICE GENERAL

EDITORIAL 4

La Misericordia del Padre manifestada en las Parábolas
Hna. Beatríz Charria, op 7

Signos de la misericordia de Padre en una sociedad de muerte
P. Ignacio Madera, sds 13

Te desposaré conmigo para siempre
Hna. Elena Oyarzabal, uj 21

Como una madre siente ternura por sus hijos
Hna. María Angeles Martínez, odn 33

He escuchado el clamor de mi pueblo
Hna. Isabel Barroso, op 43

El Dios del encuentro fecundo
Carlos del Valle, svd 53

Tú eres mi hijo(a) amado(a)
Silvia Vallejo Villa,odn 65

DIRECTORA: Hna. Silvia Vallejo,odn / CONSEJO DE DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: Hno. Humberto Murillo, fsc; P. Mario Toro, ofm; Hna. Carmenza Avellaneda, op; Hna. María Eugenia Lourido, rscj; P. Gabriel Naranjo, cm; Hna. Aura Felisa Parra, hpspc / ADMINISTRACIÓN Y PRODUCCIÓN: Hna. Aura Felisa Parra, hpspc; Mónica Garzón, Yaneth Colmenares, Blanca Oliva Cuesta / DIAGRAMACIÓN Y DISEÑO: Publicaciones CRC / DIRECCIÓN: Carrera 15 No. 35-41/43 - Tels: 338 3946 - 338 3947 - Fax: 338 1600 - A.A. 52332 / Santa Fe de Bogotá, D.C. - Colombia / SUSCRIPCIÓN: Nacional: $22.000,oo - América Latina: US$25,oo - Resto del Mundo: US$30,oo / IMPRESIÓN: Roffaprint Editores Ltda. PERMISO: TARIFA POSTAL REDUCIDA No. 240 DE ADPOSTAL

Editorial

"Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti único Dios verdadero y al que Tú has enviado, Jesucristo" Jn 17, 3.

"Toda la vida cristiana es como una gran peregrinación hacia la casa del Padre, del cual se descubre cada día su amor incondicionado por toda criatura humana y en particular por el Hijo Pródigo" Lc 15, 11-32.

"Esta peregrinación afecta lo más íntimo de la persona, prolongándose después a la comunidad creyente para alcanzar la humanidad entera" Cfr. TMA No. 49

Este texto con el que el Papa en la Tertio Milenio introduce el año de Dios Padre, nos introduce en el tema al que hemos querido dedicar este número de nuestra Revista; los artículos, escritos por miembros de nuestra Comisión de Reflexión Teológica o tomados de la Revista Testimonio de la Conferencia de Religiosos de Chile*, nos ayudarán a profundizar en ese conocimiento de Dios Padre que como dice el texto, debe afectar lo más íntimo de nosotros mismos y reflejarse a toda la comunidad creyente.

No se trata sólo de conocer al Padre, se nos invita a peregrinar hacia su casa, con conciencia de hijos. Y peregrinar significa salir, caminar, buscar, tender hacia una meta. No es fácil emprender ese camino, nos cuesta desinstalarnos así sea de la tienda plantada en el desierto, nos cuesta "convertirnos", es decir reorientar todas nuestras energías en una dirección, hacia la casa del Padre.

Estamos demasiado marcados por esos valores que tanto pregona nuestra sociedad: la autonomía, la libertad, la racionalidad, el afán de conquista, la eficacia, el éxito a costa de todo. No tenemos tiempo para concientizar la alienación que puede estar anidando en nuestro interior; no podemos por tanto escuchar esa llamada de Dios Padre: «elige la vida....» y la vida es conocerle y amarle a Él por encima de todo.

No nos arriesgamos a creer que Dios es Padre, que nos ama como hijos; no queremos volver a la infancia, sentirnos como el niño en brazos de

su Padre; esto nos suena a sensiblería, a debilidad; renunciamos así a vivir, a elegir el camino de la vida, que es largo y lleva a la vida eterna. Y si es que lo hemos emprendido, nos cuesta asumir como Pablo, la lucha interior que supone mantenerse en él; a cada paso experimentamos que no hacemos el bien que queremos porque hay una fuerza interior que se resiste (Cfr Rom 7), al tiempo que hay otra que gime en nosotros con gemidos inenarrables, despertando en nuestro interior ese sentido de filiación que tal vez hemos perdido y que sin embargo se expresa cada vez que nos atrevemos a decir: *Padre Nuestro.*

Encontrarnos con Dios como Padre, experimentar en nuestro ser más íntimo el sentido de filiación, es descubrir lo que podemos llegar a ser cuando nos ponemos en camino para realizar como Jesús esa vocación-misión: ser y manifestarnos como hijos de Dios en el mundo y para los demás. La creación entera gime por la realización de esta misión, de este proyecto de Dios que es capaz de liberarla, como nos lo dice hermosamente San Pablo: «*la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios... en la esperanza de ser liberada de la corrupción, para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios*»(Cfr Rom 8, 19-21).

Esperamos que una lectura orante del contenido de este número de la Revista, pueda contribuir a acrecentar ese sentido de filiación que nos permita experimentar la ternura y misericordia de Dios y ser así testigos de ella en este mundo nuestro deshumanizado, que necesita testigos que le muestren con su vida a un Dios que es padre-madre y como tal siente ternura por sus hijos.

Silvia Vallejo Villa, odn
Presidenta de la CRC

* Agradecemos a la Conferencia de Religiosos de Chile, por permitirnos publicar estas reflexiones.

Vinculum
vol. 32 / n. 195 (1999) 7-11

La Misericordia del Padre manifestada en las Parábolas

Hna. Beatríz Charria, o.p.

1 INTRODUCCIÓN

La misericordia divina es una de las constantes bíblicas y resumen de toda la salvación humana por Dios que culmina en Cristo imagen y espejo del rostro misericordioso del Padre.

La palabra «*misericordia*» no tiene mucha «prensa» pues parece rebajar al que es objeto de la misma. Pero no es así con Dios. Su perdón y su misericordia, lejos de humillar al hombre y ofender su dignidad personal, lo rehabilitan en su alta condición humana y lo regeneran, devolviéndole su categoría de Hijo de Dios Padre y Hermano de los demás hombres.

Es la mirada paternal de Dios la que nos libera del sentimiento de culpabilidad, de la sensación de fracaso, del peso de una vida inútil y perdida, de la angustia e impotencia que nos produce la mezquindad propia y ajena.

El tema de la *misericordia* del Padre se puede profundizar en diferentes pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento. Hoy se tomará el Evangelio de Lucas 15, 1-32 denominado «*Parábolas de la Misericordia*».

PARÁBOLAS DE LA MISERICORDIA

Lucas presenta en este capítulo tres parábolas que tienen en común la actitud misericordiosa de Dios para con el hombre pecador: «La oveja perdida» (v.v. 4-7), «La dracma perdida» (v.v. 8-10) y «El hijo pródigo» (v.v. 11-32). Estas parábolas caracterizan tanto las actitudes de Jesús que algunos consideran este capítulo como el «corazón del tercer Evangelio». (Romaronson L. Le cocur du troisieme evangile: Luc 15. Bilbao. 1979).

El aspecto preferido de la teología lucana es el del amor de Dios hacia los pecadores, y en la Parábolas este aspecto es destacado de manera especial; por la proclamación de la Buena Nueva, Jesús manifiesta la iniciativa salvífica y la bondad de Dios que sobrepasan las limitaciones humanas.

Jesús quiere enseñar que para todos hay un lugar en el Reino de Dios, incluso para el pecador que toma conciencia de su pecado y está necesitado de misericordia, de justicia, de la nueva justicia, que todos desconocen pero que Jesús viene a enseñar.

El mensaje de las dos primeras parábolas es muy semejante, sólo cambian los personajes y los objetos, podríamos decir que son gemelas. Las dos presentan los mismos elementos:

El interrogante inicial, la forma verbal, y el tema de fondo. Sólo la primera tiene paralelo en Mt. 18, 12-14, sin embargo las diferencias entre Lucas y Mateo son notorias. Mateo no considera la acogida a los pecadores, su interés es recalcar el cuidado pastoral que los «más pequeños» deben recibir en la nueva comunidad. De aquí parte la conclusión diversa en su forma y contenido. Mateo acentúa la búsqueda, Lucas la alegría del encuentro. En Mateo se resalta la invitación de Jesús a los pastores a acompañar a los débiles, Lucas subraya de manera especial la alegría del perdón. Mateo recalca el deber que los hombres deben cumplir, Lucas entra en el corazón de Dios. Mateo presenta una regla de vida a los apóstoles, Lucas muestra la bondad de Dios para con los pecadores. Es muy difícil definir cuál de las dos formas es la original... por eso es más prudente reconocer que se trata de una adaptación a situaciones diferentes según a quien va dirigido el Evangelio.

(Mateo cuenta la parábola a sus discípulos; Lucas la dirige a los adversarios de Jesús cuando le critican su relación con los pecadores).

Tomemos algunos apartes de estas tres Parábolas:

♦ Ver. 1-2: «... *Los fariseos y escribas murmuraban de Él diciendo: Este acoge a los pecadores y come con ellos*». Es necesario situarnos en el contexto para poder entender la actitud de Jesús al compartir la mesa con los pecadores. En el oriente, hasta nuestros días, el recibir a una persona y acogerla en la propia mesa es signo de solidaridad y cercanía, se podría decir que «comunión de mesa es comunión de vida».

♦ Ver. 3: «*Entonces les dijo ésta parábola...*» A través de ésta parábola Jesús defiende su propia conducta y revela el punto de vista de Dios ante la crítica y rechazo de los escribas y fariseos. Las palabras de Jesús son proféticas, habla a la «muchedumbre», no exige ciencia, pero «pide oídos para oír» y apertura para entender.

♦ Ver. 4: «*Quién de vosotros si tiene cien ovejas...*». Jesús habla de un pastor que busca una oveja; esto no quiere decir que Dios ama más al pecador que al justo; al contrario es que la bondad de Dios es tal que quiere tener a su lado a los justos y a los pecadores arrepentidos. La expresión «va a buscar» nos habla de cómo Jesús sobrepasa lo establecido; sabemos que el hombre se hacía justo mediante las duras penitencias y la observancia literal de la Ley, en cambio aquí se habla de un pastor que sale a buscar... Dios tiene la iniciativa en el proceso de la conversión. En la voz de los profetas se anuncia la misericordia de Dios que perdona, porque su amor traspasa las miserias del hombre (Cf Oseas 11, 8-9) Las promesas de Dios tienen su plena realización en Jesús. Dios recibe al hombre como «criatura nueva» y sella en su corazón una nueva alianza (Cf. Oseas 2, 21) En Ezequiel 34, 1 encontramos un «esbozo» de la parábola de la Oveja perdida.

♦ Ver. 5-6: «*Y cuando la encuentra, la pone contento sobre los hombros... Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido*» La alegría que resalta el texto es exclusiva de Lucas. El pastor se alegra de modo desorbitado porque ha encontrado una de las ovejas que se le había extraviado, éstas actitudes fuera de lo común llevaban a la gente a reflexionar.

♦ Ver. 7: «*Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un pecador que se convierta que...*» Esto no significa que Dios ame más

a los pecadores que a los justos; la razón está en que en este pasaje se manifiesta la gratuidad de su amor misericordioso, Jesús dando a conocer el corazón de Dios y su disposición al perdón no sólo invita a los pecadores a la conversión sino que también corrige a los fariseos a quienes dirige la parábola. «Dios es así», quiere la salvación de los perdidos y por eso se alegra.

♦ Ver 8-10: «*La dracma perdida*». Es muy semejante a la de la «Oveja perdida»; existe un paralelo y una profunda similitud.

Parábola del hijo pródigo

La finalidad de esta parábola, como la de las dos anteriores, es mostrar la misericordia de Dios; así justifica Jesús su conducta con los marginados de la salvación. El desarrollo de la parábola tiene dos partes diferenciadas, siendo protagonista de la primera el hijo menor, lo mismo que de la segunda es el hijo mayor. El padre de ambos, que es mencionado 14 veces, completa el trío de protagonistas.

Es interesante observar el desarrollo de la parábola desde el comienzo. En este momento vemos que el Padre no detiene al hijo, al contrario, responde a su deseo repartiendo la hacienda.

Después de dilapidar esos bienes, tiene que someterse a un pagano, quien lo envía a cuidar puercos. El cerdo es considerado como un animal «impuro». Para un judío de buena familia esto era la peor humillación; este joven se ve prácticamente obligado a alejarse y a renegar de su religión. Un día decidió marcharse buscando independencia, ahora se ve sometido a un extraño. Se siente en el colmo de su miseria; el único alimento que podía tomar eran las «algarrobas» pero nadie se las daba. Su situación de extrema hambre, miseria y humillación, lo llevan a reflexionar. Cada una de las frases que pronuncia tiene una profunda significación: «*Me levantaré, ...iré a mi Padre... pequé contra el cielo y contra tí... no merezco llamarme hijo tuyo* (ya había perdido la herencia y la había derrochado) *trátame como a uno de tus jornaleros*».

10

«... *Estando aún lejos el Padre le vió y, conmovido, corrió*». El correr no era una actitud normal en un oriental. Aquí vemos que el Padre toma la iniciativa, porque lo mueve el amor misericordioso por su hijo... lo más importante ahora es el amor, el pasado quedó atrás. El Padre no toma ninguna actitud de indignación, ni de rechazo, como hubiera podido ser lo normal, sino que se embarga de compasión, lo besa como signo de perdón.

La parábola es una síntesis de historia personal del creyente, de cada uno de nosotros, y describe un proceso psicológico de ida y vuelta, huía y retornó. El hijo infiel refleja una situación humana, la estampa del hombre pecador que se aleja de Dios y luego vuelve a Él: «Padre, he pecado contra el cielo y contra Tí». Y el Padre lo recibió con inmensa alegría, sin recriminarle su conducta, tratándolo como hijo a quien restablece en su condición de tal, hasta el punto de organizar un banquete para celebrar su regreso.

Síntesis

Una vez analizadas las «Parábolas de la misericordia», podemos constatar que en el centro del Evangelio de Lucas nos hemos encontrado con lo más genuino de la actuación de Dios en Jesús.

En las tres Parábolas encontramos elementos comunes: pérdida, hallazgo y alegría; y se descubre el fondo del mensaje que se nos quiere revelar: el amor de Dios al hombre que durante toda la historia se ha ido manifestando (cf. Ex. 3,17; Dt 29, 1-12; Ex 19, 3-8; 24, 8; Is 49, 14; Jer 31, 20; Os 1,6; 11,8).

Estas parábolas no se centran en analizar, discutir y definir el pecado o el mal, sino en descubrir el amor misericordioso y eterno de Dios.

REFLEXION

1. Lea en actitud orante el Capítulo 15 del Evangelio de San Lucas
2. Destaque los verbos que precisan las acciones de los personajes de las parábolas y analícelos.
3. Ha tenido la experiencia de «perder», «encontrar»? Precise alguna ocasión
4. Seleccione un personaje de alguna de las parábolas. Profundice en sus actitudes y déjese interpelar por él
5. Cómo ha percibido a lo largo de su Vida Religiosa el amor misericordioso del Padre?
6. Elabore una oración a Dios Padre Misericordioso

ACTIVIDADES PARA 1.999

MAYO

Encuentro

II Encuentro Regional de
Jovenes Religiosos
Santa Fe de Bogotá
Mayo 8

Retiro

V.R. DON DE LA BONDAD DEL PADRE -VIÓ DIOS
QUE TODO ERA BUENO-
Santa Fe de Bogotá
Mayo 23

Informes e Inscripciones

CONFERENCIA DE RELIGIOSOS DE COLOMBIA
Carrera 15 No. 35-41/43
Tels: 338 3946 - 338 3947
Fax. 338 1600
Apartado Aéreo No. 52332
Santa Fe de Bogotá D.C.

Vinculum
vol. 32 / n. 195 (1999) 13-20

Signos de la misericordia del Padre en una sociedad de muerte

Ignacio Madera Vargas, s.d.s.

INTRODUCCIÓN

El tema de esta reflexión puede parecer pesimista o negativo. Sí, de inicio estamos diciendo que la sociedad colombiana de la que somos parte es una sociedad de muerte. A muchos les cansa que se les siga repitiendo la misma cosa. Yo he escuchado la semana pasada a mas de un joven religioso decir que estaba cansado de oír hablar del tema de los pobres y que ya no le interesaba para nada ese asunto; pero no se preguntaban por el tipo de cristiano que eran y por los pequeños intereses que incoscientemente defendían. Igual cosa nos puede pasar con la situación de violencia y muerte que vive nuestro país: o nos acostumbramos con una naturalidad sin igual a ella, o nos molesta que nos la sigan recordando porque preferimos más bien vivir y sobrevivir de la mejor manera en estas condiciones tan difíciles y duras. No hemos acostumbrado a la muerte. No hemos asimilado una noticia cuando nos llega otra más terrible y dolorosa.

La violencia que azota campos y sectores populares no es la única que nos aqueja. Se violenta igualmente la naturaleza con la destrucción de tantos ríos, caños y quebradas. Lo que fueron manantiales de agua cristalina son hoy pestilentes mortecinas de desechos. Estamos destruyendo y asesinando la creación de manera desordenada sin que nadie se sienta dolido por esta muerte del país. En verdad que la cuestión ecológica es definitiva para el futuro de la humanidad y para nuestro propio futuro. La contaminación de las aguas tiene mayores repercusiones porque estamos consumiendo alimentos que han sido regados con ellas y por lo tanto se nos trasmiten tantos químicos que no podemos controlar los efectos nocivos de lo que estamos asimilando.

La cultura violenta está al interior de los hogares, los padres pelean por motivos disímiles y un ambiente hostigante y sórdidamente pesado afecta a tantas familias. La comunicación se pierde y va muriendo el entusiasmo por la pareja y el sentido del calor de hogar. Hay una muerte de la vida familiar, del comer juntos, del salir juntos, del divertirse juntos. A una joven o un joven adolescentes ya les parece «oso» el andar con sus padres y los cambian por la gallada o el grupo de amigos que no es precisamente el que estará allí el día que la vida conduzca a los fracasos. Igualmente los padres asisten con dolo no siempre disimulado a la destrucción de ese ideal de familia que se vivía mientras sus hijos tenían dos, cuatro y diez años. Los hijos por otra parte asisten impotentes a la muerte del amor de sus padres. No se explican por qué progresivamente papá no da un beso a mamá, no le vuelve a decir palabras de cariño y comienza a perderse los fines de semana y a asumir actitudes y comportamientos de adolescente trasnochado. Es la muerte de la pareja, la disolución del núcleo principal del hogar.

La inseguridad que genera la violencia en la vida de todos nosotros va fortaleciendo el individualismo. Los conjuntos cerrados, las rejas y compuertas que vamos construyendo para defendernos de los criminales potenciales que deambulan por las calles, fortalecen la búsqueda de vivir aislados. Y de aquellos llamados a servir al pueblo santo de Dios que debemos ser nos vamos convirtiendo en prisioneros de muros y cerrojos, y vamos siendo un puntal más de apoyo a la muerte del vecindario, de la comunicación entre amigos y de la búsqueda de compartir entre habitantes de una misma región, barrio o ciudad. Quienes somos habitantes de ciudades como Bogotá nos vamos haciendo neuróticamente aislados por el stréss que nos causa la contaminación ambiental, el tráfico inhumano y vulgar, el sálvese quien pueda de la vida cotidiana en las metrópolis. Y vamos muriendo a la

tranquilidad, a la calma y nos convertimos en víctimas de la urgencia, del temor, de la necesidad de agarrar nuestras carteras, proteger los bolsillos y sospechar de todo el que se ubica a nuestro alrededor, en los buses y busetas; y cuando tomamos un taxi nos preguntamos si el chófer no es también un posible agresor, por un motivo o el otro. - Y vamos muriendo a la comunicación libre que crea amistad con personas desconocidas y cada desconocido se nos presenta como victimario potencial.

De los campos y barriadas de este país de sangres brota el sordo clamor de tantas víctimas de la guerra que nos carcome y nos sumerge en un cinismo colectivo que no tiene iguales en la humanidad contemporánea. Nos duele que se hable tan mal de un país tan herido pero tenemos que reconocer que la sangre de las víctimas clama al cielo y que lo que aquí ocurre, si ocurriera en otros países, otras acciones estaría suscitando.

En la intimidad de la vida de cada uno anida el temor frente a tantas situaciones angustiosas y tanta incertidumbre junta. No sabemos, como sabemos de tantos otros asuntos hasta dónde va y como es posible frenar la larga tragedia que padece el pueblo. Y cuando ella nos afecta, o ha afectado a alguien cercano a nosotros, entonces nos damos cuenta que el asunto no es solo de análisis sino que es una realidad que hiere, que duele la conciencia y toca la profundidad de lo que somos.

De la rutina diaria brota la claridad en cada uno y cada una de ustedes, y en mí mismo, de que nuestras comunidades religiosas, como provincias y como casa locales están condicionadas por este mundo de muerte. El cuidado que tenemos que tener para que no se entre en la conciencia la indiferencia frente a los males de los hermanos es cada día más urgente. Somos fruto creador de la bondad del Padre, hemos sido constituidos hijos de Dios en Cristo Señor. Esto no es discurso bonito para hablar en catequesis y predicaciones sino realidad del sentido mismo de nuestro ser hermanos. Entonces, cómo ser signos de la bondad y de la misericordia de Dios Padre?

1. LOS SIGNOS DE LA MISERICORDIA

"Misericordia quiero y no sacrificio", nos dice la Escritura.. Es decir, la voluntad de Dios es que los hombres seamos capaces de sentir en la propia carne la vida del hermano. Y esto se antepone a nuestras celebraciones y cultos. Dios prefiere la misericordia al culto. La gran tentación del pueblo santo de Dios será colocar las celebraciones fastuosas, el culto grandioso, los

sacrificios de corderos y animales cebados a la justicia y el derecho, a dar sustento a la viuda y pan al hermano necesitado. La tradición profética tiene ejemplos grandiosos de esta verdad y la literatura sapiencial nos ofrece pasajes de una intensidad sugestiva.

En Jesús se nos ha revelado la bondad de Dios. Jesús es manifestación en la historia de la bondad del Padre. ¿Cómo expresan los Evangelios esta bondad de Jesús?

En su privilegio de los pobres y marginados. El Reino se revela a los pequeños, por ello, el evangelio se anuncia a los pobres en primer lugar. El discurso programático de Jesús en el templo manifiesta claramente este anuncio liberador que abre la vista a los ciegos y hace oír a los sordos. Por ello, los textos de la ternura son un reto a nuestra sensibilidad frente al dolor y la tragedia de los hermanos. Jesús siente compasión por los que sufren enfermedades y dolencias, cura y pasa haciendo el bien. La misericordia de Jesús se manifiesta en el hecho de tocar al marginado, de superar los prejuicios acerca de ellos para mostrar con gestos que su dolencia no puede pasarle inadvertida. Por ello, toca a leprosos y mujeres con flujo de sangre. Siente compasión de las multitudes que están como ovejas sin pastor, no ha venido a buscar a los sanos sino a los enfermos y en el Reino se hace mayor fiesta por un pecador que se convierte que por un bueno que llega a él.

Ternura y misericordia para con los niños, con los jóvenes, con las mujeres pecadoras, con los discípulos a pesar de sus dificultades para comprender las escrituras y el sentido de su misión de servicio sin privilegios, con el ladrón en lo alto de la cruz. Toda la existencia de Jesús de Nazaret está marcada por la ternura frente a la humanidad contemplada en su verdad y no en su ideal.

Igualmente la comunidad primitiva busca reproducir este comportamiento de Jesús en la misericordia ante los que están en situaciones de dificultad por el compartir de los bienes, la solidaridad y la justicia. El cuidado de las viudas y la atención para con los pobres crea un ministerio particular para su atención, los diáconos, y ello no puede estar supeditado al servicio de la mesa. El parte tu pan con el hambriento y dejar la túnica para repartirla se realiza en la construcción comunitaria de los primeros cristianos, por ello, entre cristianos nadie pasa necesidad porque todos ponen algo en común.

1.1. Llamados a ser signos en la misión

De atención a las situaciones de dolor y drama que vive nuestro país. Es el momento en el cual, los grandes grupos desposeídos deben encontrar en nosotros los primeros que están listos a la solidaridad y el acompañamiento. No somos los dirigentes del país que pueden resolver los problemas estructurales que nos aquejan pero sí somos los compañeros de camino de un pueblo que sufre por la ignominia de una guerra que parece cada día más complejamente difícil de superar.

Signos de hombres y mujeres que no son indiferentes al dolor y van creando en las comunidades a las cuales servimos ese mismo sentido de solidaridad y misericordia. Porque es difícil permanecer en la esperanza mas que nunca estamos llamados a ser evangélicamente fuertes como para seguir siendo portadores de esperanza en medio de tantas muertes. Quizá no estamos en las situaciones de violencia que tienen que soportar muchos hermanos y hermanas en la vida religiosa, pero sí podemos ser los compañeros de sus temores, los soportes de sus luchas y los apoyos solidarios que siempre necesitan. Qué puede sentir una religiosa en el Magdalena medio, un religioso en Urabá? Esa impotencia frente a la muerte no puede ser para nosotros un claudicar frente a lo irremediable, sino llamada a la fortaleza en la hora en la cual más necesitamos del valor de Aquel que en la cruz se hace grande por la confianza sin condiciones en el Padre.

Por ello estamos llamados a ser signos de hombres y mujeres cargados de confianza en el Dios a quien Jesús llamaba Padre. Nuestra confianza se funda en la palabra evangélica: "Animo, no tengas miedo!". Esto debemos sentirlo cada día musitado en nuestros oídos para poder resistir tantas horas de la prueba. Es necesario que desarrollemos cada día, cada instante, la seguridad de que el Señor está con nosotros.

Signos de amistad, de presencia en el dolor, de compañía serena y firme. No podemos hacer de la misericordia presencia lastimera sino una presencia que produce fortaleza y busca caminos para contrarrestar las sombras de muerte. Al lado de las madres que lloran y sufren la pérdida de sus hijos, solidarios con las que tienen a sus hijos secuestrados, perdidos en el alcohol o en la droga.

1.2. Llamados a ser signos en la comunión

El gran reto de la sociedad de muerte es la pregunta por la vida a nuestras comunidades. Tenemos que ser señal de que un modo de vivir en donde se cuida y defiende la vida es posible. No podemos ser simple reflejo de la cultura de la muerte asesinando en nuestras comunidades la ternura y la esperanza. Urge la construcción de comunidades en torno a la palabra de la Escritura Santa, la Oración, la celebración de la Eucaristía y el compartir lo que somos y tenemos. Como religiosos y religiosas somos primero que todo seguidores de Jesucristo en comunión de un carisma común. Y esto debe notarse, no solo debe decirse.

No podemos conformarnos con comunidades individualistas en las cuales cada uno se contenta con hacer bien su oficio y trabajar intensamente. El individualismo mata el entusiasmo de nuestra consagración primera. Los demás no son un estorbo a mi realización sino una ayuda a la transformación de mi personalidad y una oportunidad de crecimiento en la fidelidad a Cristo, incluso cuando me critican, cuanto no están de acuerdo conmigo o cuando me retan a ser más coherente con aquello que he dicho que quiero vivir. Testigos de que es posible aceptar la corrección fraterna en paz y tranquilidad, sabiendo que ella nos ayuda, si somos capaces de preguntarnos cada día por las maneras como reaccionamos, nos expresamos o respondemos, a corregir lo que debemos corregir y a implementar los comportamientos que debemos implementar.

Es necesario ser testigos del cariño verdadero. Tenemos que aprender a amar a los hermanos que viven con nosotros. No hemos sido llamados a la contemplación de los errores de los otros sino a la superación con ellos y ellas de nuestra dificultad de encarnar a Cristo. Ninguno de nosotros puede decir que si vida es trasparencia de evangelio, todos estamos en búsqueda. Por ello, debemos desarrollar la suficiente humildad como para reconocer en los errores de los demás, no una ocasión de denigrar contra ellos, sino una oportunidad de crecer juntos. Porque los errores ajenos nos señalan los caminos que no debemos transitar.

Es necesario ser defensores de la vida de los hermanos, sobre todo de aquellos que nos hacen padecer por sus limitaciones. Es difícil, a veces hostigante el tener que soportar ciertos temperamentos o ciertas maneras de ser. Pero de la capacidad de amar en estos casos depende el talante evangélico que hemos desarrollado. Ternura entonces para con quienes

están mal en la comunidad, afecto por su sufrimiento, compasión para con su pecado. Misericordia en cada situación para poder salir a expandirla con derecho por todos los rincones de la vida.

Es urgente que nuestra comunión de vida se construya en la alegría sincera. No podemos continuar como comunidades psicológicamente afectadas por toda la tragedia que nos rodea. Sencillamente felices, porque para serlo hemos sido llamados a vivir un carisma en la Iglesia. De pronto es urgente revisar si estamos demasiado pendientes de la manera como los hermanos y hermanas manejan inconsecuencias e incongruencias y poco ocupados en ver nuestras propias debilidades y la urgencia de nuestros cambios. Dejar de mirar un poco la paja en el ojo ajeno para contemplar la vida en el propio, no nos haría daño y sí nos conduciría a vivir con mayor armonía con nosotros mismos y con los demás.

No es eludiendo el mundo en el que estamos como seremos testigos de una realidad distinta. Necesitamos saber todo lo que acontece, escuchar todo lo que afecta a nuestros hermanos de la vida religiosa y al pueblo santo. Dejar la adustez que ha caracterizado a la vida religiosa para abrirse a la sonrisa amable, al rostro sereno y pacífico, a la mirada tierna, al detalle de aprecio, a la escucha de las historias y los cuentos de los demás con atención sin par. Saber pronunciar una palabra a tiempo, agradecer, comunicar, trasmitir la bondad a la manera del Padre del Hijo pródigo que no reclama ni regaña sino que celebra la fiesta del regreso del Hijo que estaba perdido y ha vuelto a casa.

2. SIGNOS DEL PADRE

El Padre que Jesús nos revela es el padre del hijo pródigo. Estamos llamados a ser signos del respeto profundo a la libertad de los demás para construir su destino. Con ello estamos buscando y construyendo el Reino. Ese Padre que es nuestro y no de unos pocos nos llama a vivir como hermanos. La imagen del Padre de Jesús no puede ser la del viejito bonachón con cabellos canos y larga barba, sino el Dios de la misericordia y de todo consuelo, el creador que ha creado a un hombre creador de todo lo que nos ayude a vivir en la condición de hijos de un mismo padre.

Ternura del Padre entusiasmando nuestra entrega, confianza en el Padre de Jesús que nos ama. Tanto nos amó que nos envió a su Hijo. El amor del Padre es el que nos impulsa a vivir como hermanos. Realizando

una vida de comunión sincera realizamos la voluntad del Padre. Que se haga su voluntad en la vida cotidiana, que el Padre de Jesús esté allí, presente, creando nuevamente como en los inicios nuestra vida religiosa en la fraternidad y la armonía e invitando a esa misma vida a ser testigo de su bondad y misericordia.

Que el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Dios de todo consuelo, nos lleve de la mano y que nos sintamos abrazados por El para experimentar la confianza de no andar arrojados en la vida sino llamados a tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús. Testigos de la misericordia del padre en una sociedad de muerte somos guardianes de la vida y protectores de la vida en nuestros hermanos y de nuestra propia vida como religiosos en la Iglesia de Colombia. Esta es la hora de nuestra oportunidad, este es el país que vivimos, aquí y ahora, estamos llamados a ser misericordia, compasión y acción en la construcción de un mundo de hermanos, hijos de un mismo Padre. Que cada uno se pregunte por los signos de justicia, misericordia y bondad que puede crear a su alrededor. Que cada uno se cuestione acerca de quiénes y con quiénes se codea en estos tiempos de sombra tenebrosa. Que nos preguntemos todos, que todos podamos decir que estamos buscando la organización y la comunión. Más allá del capillismo de nuestros pequeños trabajos locales o comunitarios, más allá de la cerrazón al interior del propio carisma, más allá de toda mezquindad, una vida religiosa colombiana abierta a la esperanza porque está construyendo, con todos los violentados de la naturaleza y la injusticia, signos de humanidad que recrean y reeditan la esperanza.

Vinculum
vol. 32 / n. 195 (1999) 21-31

Te desposaré conmigo para siempre

Hna. Elena Oyarzabal, u.j.
Religiosa Misionera

Tomado de la Revista Testimonio No. 171.
Enero-Febrero 1999. CONFERRE Chile

1. AMBIENTACION

El Espíritu te invita hoy a interiorizar la fidelidad de Dios-Padre y a verificar tu proceso actual de respuesta. Toma de conciencia serena, desde Dios-Amor. El está en el centro de tu corazón. Como buscador en tu profundidad, pide luz para ver y pide el don de permanecer en lo hondo, poniendo nombre a lo real. La verdad libera.

Buscar con otros es de sabios. Hoy te pueden acompañar:

- un profeta, Oseas, que te lanza su doble grito:
  «Te fuiste con otros amantes», «Te seduciré, te desposaré».

- una mujer, «símbolo para el mundo de hoy». Edith Stein te hará aterrizar ahí, donde tú vives. Todo su proceso es Luz y Empuje, desde su historia.

Tal vez te sorprenderá mi opción de entrelazar la Palabra de Oseas con el Testimonio de Vida de una mujer de este siglo. Mi experiencia en este sentido es muy positiva. Te la ofrezco... ¿Por qué...?

Hoy, en un mundo en convulsión, nos vemos implicados con frecuencia en procesos de búsqueda. Procesos exigentes, arriesgados... ¿Por qué no profundizar en la fidelidad de Dios-Padre y en nuestra respuesta a sus llamadas, partiendo de una experiencia fuerte de la historia, que hoy se repite...?

♦ Prepara el encuentro con un momento de sosegada interiorización: respira hondo; gira tu cabeza lentamente; levanta los hombros y déjalos caer con fuerza; extiende los brazos; pasea tu mirada sobre algo bello, o cierra los ojos escuchando el silencio...

♦ Dedica un tiempo a la alabanza y a la acción de gracias... Que se abra tu corazón a Dios presente en el cosmos, en la humanidad, en tu vida... Alaba... Sentirás que la gratitud y la alabanza te purifican. La respuesta a la alabanza es el perdón y la apertura al encuentro...

♦ Acoge también tus deseos, en este momento de tu vida. Preséntalos a Dios, al mundo, a la fraternidad universal... Tu esperanza es tuya y de todos... Echa al viento tus sueños de armonía... verdad... belleza... Y... seguro que uno de tus deseos para hoy es que se cumpla en ti el plan de Amor de Dios, que se realice en ti su voluntad.

«El ¡Hágase su voluntad! en todo su contenido, tiene que ser el hilo conductor de toda vida cristiana, tiene que regular el curso del día, de la mañana a la noche, el pasar de los años y la vida eterna». E. Stein.

♦ Si después de los pasos antes señalados no te sientes todavía interiorizado, puedes repetir, lentamente y en primera persona, alguna idea fuerte de esta ambientación o entrada en el banquete:

22

Me seducirás, porque me amas.
La verdad me hará libre... Tú, Señor, eres la Verdad.
No te pido nada. Solamente quiero que tu voluntad se cumpla en mí, ahora y siempre...

2. ME IRE DETRÁS DE MIS AMANTES... ... Y YO TE CERCARE... TE VISITARE

Yavhé, ante el desvío habla a Israel con el lenguaje del Amor decepcionado. Sin rencor ni odio, interpela, recuerda, alerta:

Que quite de su cuerpo sus amuletos y sus tatuajes,
distintivos de la prostitución,
no sea que yo la desnude... la avergüence...
la reduzca a la tierra árida.

Ella no reconoció que era yo quien le daba
el trigo, el mosto y el aceite,
que multiplicaba sus bienes.
Por esto decía: míos son los regalos,
que me han dado mis amantes.

Por eso volveré y tomaré mi trigo... arrasaré su viñedo...
Haré cesar todo su regocijo, sus fiestas... La visitaré...
Cerraré sus caminos... La cercaré con setos... y no encontrará sus senderos...
Perseguirá a sus amantes y no los alcanzará.
Y entonces dirá: Me iré y volveré a mi primer marido,
que entonces me iba mejor que ahora.

Orar estos textos es contemplar a Dios, fiel a ti, en toda etapa de tu vida. Es sentir su Amor comprometido, que se hace interpelación y grito:

♦ tú, alimentado con el trigo de un acompañamiento desde la fe, que potencia tu ser; tú, llamado a transmitir lo «visto y oído del Verbo de Vida» tú, tienes actitudes profundas que no canalizan vida, sino lasitud, tibieza y... tal vez, desorden...

¿Te alejas del primer Amor?...

♦ tú, enriquecido con el aceite y el mosto de la vida en fraternidad; tú, llamado a construir unidad desde un amor extremo por cada uno de tus hermanos, tú, estás al vaivén de caprichosos estados de ánimo y de alteraciones incontroladas de sentimientos... de carácter... Olvidas que donde no hay amor no hay consagración.

¿Te has ido tras otros oídos?

♦ tú, entonado con el vino que alienta el servicio humanizante; tú, llamado a abrir tu corazón solidario en la gratitud y en la sencillez de vida, tú, egoístamente, vives el culto al éxito, al tener razón, al poseer.

¿Eres tú el ídolo de ti mismo?.

• Hoy, escucha de nuevo mi voz:
Te hice libre. Respeto tu libertad, pero porque te amo:
Te visito y te visitaré...
Te cerco y te cercaré...
Hago y haré cesar tus regocijos...

• Interioriza lentamente, el Amor entregado, en forma de don y en forma de llamada. Don y llamada, porque Dios te ama con predilección.

• Dialoga con Dios sobre tus desvíos. El los conoce todos... En el fondo de tu ser, donde El habita, te encontrarás con la Misericordia, la Conversión, la Paz...

• El Gozo y la paz sentidos, después del perdón, son signos de la acción del Espíritu... Pero, ¡atención! El mismo Espíritu te impulsa a encontrar las causas de tus desvíos y a programar los medios concretos de renovación, que te dicte el Amor. El Amor de Dios hacia ti; el Amor a la fraternidad universal, que necesita tu colaboración para construir un mundo para todos, donde la Justicia y la Paz se abracen.

3. ME IRE TRAS EL SENTIDO DE MI VIDA ...Y LO QUE NO ESTABA EN MIS PROYECTOS ESTABA EN LOS PROYECTOS DE DIOS

Me iré...

Me iré. Abandonaré. Hay salidas y salidas... En Oseas, son los amantes los que cautivan. En E. Stein es el sentido de la vida el que motiva. Edith, buscando, niega valores esenciales... Dios la visita. Su proceso, sin duda, puede iluminar tu camino.

24

Edith Stein, alemana de origen judío, es la última de una familia numerosa. Cuatro hermanos, de los once, mueren cuando niños. Su padre, Siegfried, fallece cuando Edith tiene apenas dos años. La enérgica madre, Augusta, se hace cargo del negocio de madera. Edith crece dando muestras de gran capacidad intelectual y crítica. Año tras año tiene brillantes notas pero, en su adolescencia, decide por opción propia, dejar la escuela. ¿Razones?... No le gusta el sistema. Primera ruptura... Estudiará en casa. Así fue.

Los maestros lo más que hacían era darme buenas notas, algunos premios y discretas palabras de aliento. Poca cosa para lo que yo estaba esperando de ellos.

Marcada por el suicidio de dos tíos carnales y por la muerte de cáncer de otro familiar, entra en crisis. ¿Por qué el dolor? Su religión judía no le explica el sentido del sufrimiento. Las prácticas religiosas de la sinagoga no le sacian. Son vacías... A los catorce años se declara «atea», con gran dolor de su madre, que nada entiende, pero que admira a su hija. Huye de las «devociones». Escribirá más tarde: Dejé de rezar conscientemente por libre decisión.

Yo no podía actuar mientras no tuviera un impulso interior. Las decisiones que he tomado en mi vida, siempre procedieron de una hondura que yo misma desconocía...

La ruptura con el culto va seguida de la salida del hogar. Quiere libertad. Parte de Hamburgo, donde vive su hermana mayor, que está casada con un ateo. Sabe que en este hogar la respetarán... Estudia historia y psicología pero su centro está en la filosofía. Termina brillantemente su carrera. Su gran maestro Husserl la nombra asistente en su cátedra. El clima universitario le va, pero su anhelo de coherencia y de sentido vital persisten, porque perdura el vacío...

...el amor es lo más hondo que hay, porque no dispone sólo de una emoción aislada, sino del conjunto del propio yo, de la propia persona... el amor debe ser siempre don de sí, para que sea auténtico amor.

Hay una igual dignidad en el hombre y la mujer...

Mujer avanzada, feminista, admirada, amada, joven... pero no feliz. Dios la visita a través de una mediación: el círculo de jóvenes profesores con quienes reflexiona. Entre ellos Reinach, también judío, y Conrad Martius. La personalidad de Scheler le atrae y admira su conferencia sobre «esencia de la santidad».

Antes de continuar el proceso de Edith Stein, hazte preguntas. Yo te avanzo algunas:

- ¿Has tomado serias opciones en fidelidad a Dios?
  ¿Cuáles son las más significativas en tu renovación?
  ¿Cuáles son compromiso con las grandes causas como Justicia, Paz, Unidad?

♦ En tus prácticas cristianas, ¿qué predominan...? ¿las «devociones»...?, ¿el «cumplir»?... ¿el Encuentro?... ¿el «absentismo»?...

♦ Ante tanto culto rutinario, en nuestras iglesias, causa de frecuente abandono de la fe, ¿cuál es tu misión de cristiano comprometido?...

En silencioso diálogo del Señor con sus almas consagradas se han preparado todos los acontecimientos del desarrollo más visible de la vida de la Iglesia. Los acontecimientos que renuevan la faz del mundo.

Dios me visitó...

Oseas nos ha dicho todo lo que piensa hacer para reorientar a Israel. Edith, en la relectura de su vida, descubre que la presencia de Dios en su historia pasa, frecuentemente, por la Cruz y la amistad. Desde ella, Dios la visita:

La guerra (1914-18). Los hospitales se llenan de heridos. Edith, fiel a su pueblo, interrumpe su trabajo y se ofrece como voluntaria en un hospital de campaña. Es la urgencia del momento. No duda. El dolor de los heridos la lacera... Cuando Alemania es vencida vive la derrota como una gran humillación.
La raza. El sexo. Después de su brillante tesis espera una cátedra en la universidad. Pronto siente que su esperanza es vana. Es mujer y es judía. Dos razones poderosas e inaceptables: racismo y machismo.
Lo sentimental. Uno de sus colegas, con quien ha sostenido una larga correspondencia de amistad, se casa inesperadamente con otra compañera. ¡Gran decepción!.
La muerte. Edith tiene 25 años. La viuda de Richard la llama. Te necesito. Ven. Quiero poner en orden los papeles de mi marido que ha caído en el combate. Te necesito a ti. Edith viaja pensando encontrar a una mujer desvalida, a una viuda desesperada. Encontró la joven fuerte que respira sosiego y profundidad. Anna, convertida al cristianismo, daba sentido a su dolor. Edith se conmovió hasta las entrañas. Primera experiencia de este tipo: dar sentido al dolor... Más tarde escribía: «Esta mujer tiene algo que desconozco... y este fue mi primer encuentro con la Cruz de Cristo, con la fuerza que la Cruz confiere... con la Iglesia nacida de la Pasión de Cristo y vencedora de la muerte. En ese momento cedió mi incredulidad, palideció el judaísmo, mientras que a la luz de Cristo se clavaba... Pero todavía no había llegado mi hora... Tenía que reflexionar...
La amistad. El matrimonio amigo, Conrad Martius, la invita a su casa de campo. Edith coge un libro de la biblioteca: «Autobiografía de Teresa de Avila». Una mujer relata su vida. ¡Interesante!. Escribe después: Comencé a

leer. Me sentí pronto embargada y no interrumpí la lectura hasta el final. Al cerrar el libro me dije: aquí está la verdad... Tuve la impresión que la conversión de la santa era el paradigma de mi propia conversión...
Lo que no estaba en mis proyectos, se encontraba en los proyectos de Dios. Y mientras a menudo se me presentan tales acontecimientos, más viva se hace en mí la convicción de fe de que no existe el azar -visto de la parte de Dios-, que toda mi vida, hasta en sus menores detalles, está prevista en el plan de la Providencia Divina, y que ella es, ante los ojos de Dios que lo ve todo, una coherencia inteligible y perfecta.

• Pasa lentamente de la historia de Edith a tu propia historia. Ora con los signos y llamadas que, desde la Cruz y desde la Amistad, han sido para ti fuente de vida.

• Acoge, también, el testimonio de Anna Richard. Su serenidad profunda, en medio del dolor, desmonta el ateísmo decido de Edith Stein. El mundo necesita testigos... A veces, en nuestro afán misionero, caemos en la palabra excesiva, abrumadora... en el nerviosismo... Olvidamos que la educación es misionera. *Educere* quiere decir «hacer crecer desde dentro»...

4. VOLVERE A MI PRIMER MARIDO... Y YO LA SEDUCIRE

Dios siempre está atento al regreso del hijo. Se interesa por Celebrar el retorno, por Consolidar la conversión, por Confirmar la pertenencia a la familia. Todo son muestras de su fidelidad.

En oración-diálogo, en oración-silencio... vive la intimidad con Dios.

Cuando Israel era mi hijo yo le amé
y de Egipto llamé a mi hijo.
Cuanto más lo llamaba, más se alejaba de mí...
Y, con todo, yo enseñé a Efraín a caminar,
tomándole en mis brazos.
Con cuerdas humanas yo le atraía,
con lazos de amor... (Os. 12, 10-11)

Yo soy Yavhé, tu Dios, desde el país de Egipto.
Aún te haré morar en las tiendas,
como en los días de la Reunión
y hablaré a los profetas.
multiplicaré las visiones y hablaré en parábolas... (Os 12, 10-11)

Convertiré el valle de Akor en valle de la esperanza

Akor, valle de las desdichas, será transformado en lugar de fertilidad, de relación, olvidando lo pasado; lugar de recuerdos de los tiempos bellos, tiempos de la juventud.

Le daré sus viñas.
Convertiré el valle en puerta de esperanza
y ella me responderá allí, como en los días de mi juventud...
ella me llamará: «Marido mío» y no «Baal mío».
Yo quitaré de su boca los nombres de Baal
y no se mentarán sus nombres.

Haré un pacto en su favor... la desposaré conmigo

La iniciativa del pacto definitivo viene de dios. Tiene un sentido social: habrá justicia, equidad, abundancia de bienes, un cambio de nombre.

Yo te desposaré conmigo para siempre.
Te desposaré en Justicia y equidad,
en amor y compasión.
te desposaré conmigo en fidelidad
y tu conocerás a Yavhé
y sucederá aquel día que yo responderé,
responderé a los cielos,
y ellos responderán a la tierra,
la tierra responderá al trigo, al mosto
y al aceite virgen
y ellos responderán a Yizreel (Dios siembre)
yo los sembraré para mí en esta tierra,
amaré a «No-hay compasión»
y diré a «No-mi pueblo»
tú «Mi pueblo»
y él dirá «Mi Dios».

5. FIDELIDAD HASTA EL HOLOCAUSTO, MI SECRETO ME PERTENECE A MI SOLA

Edith Stein sigue su proceso. Es luz y fuerza en nuestra misión de fraternidad universal.

El 1 de enero de 1922, a sus treinta años, recibe el Bautismo y la Primera Comunión. El 2 de febrero es confirmada en su fe. Su entrada en la Iglesia católica coincide con unos años de gran creatividad. ¿Un gran dolor?... Sí. Su madre no la comprende y sufre. Edith escribe: «Mi secreto me pertenece a mí sola». Estamos ante el misterio... Ella lo sabe. Los amigos que la interrogan sobre su cambio reciben como respuesta una sonrisa y la misma expresión: «Mi secreto me pertenece a mí sola». Y... otro secreto anida en su corazón: Dios la llama a la vida contemplativa en el Carmelo... Su madre no soportaría esta nueva prueba, nueva ruptura de la hija. Edith espera... espera... once años.

La oración es el tratado de amistad del alma con Dios.

Dios es amor, y amor es bondad que se regala a sí misma; una plenitud existencial que no se encierra en sí, sino que se derrama, que quiere regalarse y hacer feliz.

1933. Por ser judía el nazismo la desvincula de su profesión. Su documentación tiene una «J». ¿La recibirá el Carmelo?... Sí. El quince de octubre, día de Sta. Teresa, el Carmelo de Colonia le abre sus puertas y su corazón. Más tarde su maestra de novicias y amiga escribirá su vida. En 1938 hace su profesión perpetua. A ella asiste su hermana Rosa. Tiempo de fecundidad y paz. Una amiga que la visita dice: Está más bella. Se le siente feliz. Edith hace la unidad entre oración, el trabajo del hogar, la vida fraterna carmelita y su misión de escritora. Profundiza a San Juan de la Cruz. Su obra se llama: «El sentido de la Cruz». Consciente de la situación del mundo, unida a Cristo en Cruz, escribe:

Que vuestra Reverencia me permita ofrecerme al Corazón de Jesús, en holocausto por la paz del mundo.

Quería ofrecerme esta misma noche, ahora que son las doce.

La comunidad judía pierde su estatuto en 1938 y son incendiadas 200 sinagogas. Ante el peligro, Edith pasa al Carmelo de Echt (Holanda). Comienza la guerra mundial. Hitler entra en Holanda, que capitula (1940). Después del ejército llega la Gestapo. Ante la deportación de los hebreos, los Obispos holandeses, unánimes, protestan y escriben al Reich. La represalia es inmediata. El 2 de agosto la Gestapo se presenta en el Carmelo. Edith es conducida con su hermana y otros muchos judíos a un campo de concentración. Más tarde viajan en un tren de mercancías hacia Auschwitz. Allí, a sus 51 años, es incinerada con sus compañeros de raza, a los que siempre fue fiel, el nueve de agosto de 1942.

...poner en sus manos el alma como material que espera ser formado...
...ofrecerse a sí mismo sin reservas, para ser cogidas y transformados, cogidos y ofrecidos en sacrificio con El.

• Este denso relato es para todos, para tí hoy un fuego que quema y enardece...
Toma conciencia de lo que en tí se opera interiormente...

• Se quema, posiblemente, todo lo que te impide la concentración en lo esencial, como son rutinas, tiquismiquis, tibiezas, dolorismos, apegos...

• Se enardece tu búsqueda serena, confiada y constante de un proceso personal y comunitario, en el corazón de la Iglesia, al servicio de la fraternidad universal.

• No dejes pasar este fuego sin analizarlo, sin escribir lo que hoy en tí es muerte y resurrección, desde la intimidad con Dios.

• En la ambientación del inicio de este retiro hablamos de un banquete. Si lo deseas puedes compartir...

En esta mesa de amistad, Edith nos comparte el sentido de su nuevo nombre de carmelita:

Teresa Benedicta de la Cruz, Teresa, por la santa de Avila; Benedicta de la Cruz, debido a su gran pasión por la Cruz de Cristo.

No se puede adquirir la ciencia de la Cruz más que
sufriendo verdaderamente. Desde el primer instante
he tenido la convicción íntima de ello y me he dicho
desde el fondo de mi corazón:
¡Salve, oh Cruz, mi única esperanza!

30

Así, en la aceptación de la Cruz, Edith buscará cumplir la voluntad de Dios hasta encontrar al Padre. Y con San Agustín podrá exclamar:

«Padre fiel, tu me buscas.... yo te busco.
¡Señor y Dios mío, mi única esperanza!
Óyeme para que no sucumba al desaliento y deje de buscarte.
Que yo ansíe siempre tu rostro con ardor.

Tú que me hiciste que te encontrara
y me has dado la esperanza de mayor conocimiento.
Ante Tí están mi fuerza y mi debilidad;
sana mi debilidad y confirma mi fuerza.
Si me abres, recibe al que entra.
Si me cierras, abre al que llama.
Haz que me acuerde de Ti.
Haz que te comprenda y ame».

ACTIVIDADES PARA 1.999

JUNIO

Tarde de Reconciliación

DIOS, PADRE MISERICORDIOSO

TUNJA

JUNIO 19

Retiro

CONFIANZA EN DIOS PADRE EN LA NOCHE OSCURA DE LA FE

SANTA FE DE BOGOTÁ

JUNIO 20

INFORMES E INSCRIPCIONES

CONFERENCIA DE RELIGIOSOS DE COLOMBIA
CARRERA 15 NO. 35-41/43
TELS: 338 3946 - 338 3947
FAX. 338 1600
APARTADO AÉREO NO. 52332
SANTA FE DE BOGOTÁ D.C.

Vinculum
vol. 32 / n. 195 (1999) 33-41

Como una madre siente ternura por sus hijos

Hna. María Angeles Martínez, odn
Consejo de Redacción de Testimonio

Tomado de la Revista Testimonio No. 171.
Enero-Febrero 1999. CONFERRE Chile

I. LA ORFANDAD DE NUESTRO MUNDO

Al empezar este retiro te invito a hacer la señal de la cruz, hoy, de manera diferente: En el nombre del Dios Padre y Madre, amor infinito; en el nombre de Jesucristo, rostro visible de este Dios amor; en el nombre del Espíritu Santo, aliento y fuerza integradora del universo.

Luego, es bueno que en un lugar apacible y tranquilo hagas memoria de tu propia experiencia de hijo/a en relación a tu madre. Yo sé bien que no se pueden separar estas dos realidades de padre y madre, y que siempre deberían ir integradas, pero hoy haz memoria especial de tu madre. Sí, vuelve en cuanto sea posible al seno de la que te engendró, a las caricias de tu madre, al cobijo de tu madre... y deja que pasen esas

imágenes primeras por tu mente... ese gozo y esos vacíos si los hay, esa vulnerabilidad de la experiencia. Hazlo despacio, tranquilamente.

Ahora, abre los ojos más allá de ti mismo. Déjate afectar por un mundo, por una Iglesia, por una Vida Religiosa, que no han revelado tan nítidamente el rostro amable, amoroso, materno de Dios.

Pídele al Señor la gracia que te haga consciente de estas carencias para descubrir lo que nosotros mismos hemos opacado del rostro de nuestro Dios.

1. Un mundo huérfano de padre y madre:

♦ Niños de la calle, de quienes se abusa y se les empuja a una vida marcada por el delito y están amenazados de muerte por aquellos mismos que los deberían proteger de todos los peligros.

♦ Jóvenes que deben cambiar el bienestar de su hogar por el anonimato e incertidumbre de las grandes ciudades.

♦ Jóvenes solitarios y tristes buscando prematuramente el contacto de otro cuerpo para recibir calor y compañía.

♦ Mujeres golpeadas, despreciadas, miradas en menos, hambrientas de caricias, comunicación y ternura.

♦ Y tantos hombres y mujeres no aceptan a Dios, porque el rostro que se les ha mostrado ha ocultado más la imagen del Dios Amor que revelado sus entrañas de misericordia.[1]

2. Una Iglesia más patriarcal que rostro materno de Dios:

♦ Con pastores autoritarios e impositores de pesadas cargas.
♦ Con una imagen de gesto duro y puertas cerradas.
♦ Con algunas leyes y normas carentes de humanidad.

1. Cf. Conferencia L.A. Santo Domingo. No. 179, Mensaje del Sínodo de América, No. 17-18.

- Muchas veces con palabras vacías de compasión y Evangelio.
- Con lenguaje excluyente y acentuación de lo masculino.
- Con suficiencia y demasiado poder para transparentar la «debilidad» de nuestro Dios revelado en Jesucristo.

3. Una Vida Religiosa más acción que acogida y espacio de la ternura de Dios:

- Con trabajos agobiantes y poco tiempo para la escucha.
- Con espacios cerrados faltos de gratuidad y donación.
- Egoísmos solapados más que entrega incondicional de madre.
- Juicios y reproches más que pregunta y diálogo abierto.
- Miedo a perder la vida y apegos poco fecundos.
- Tristezas narcisistas que empañan la visión del rostro materno de Dios.

• Déjate afectar... Siente el frío de tantos huérfanos de nuestro mundo... Experimenta el dolor de la ausencia de la ternura de Dios en la humanidad... Siente que eres cómplice de tanta orfandad. Pide perdón.

(Si se hace el retiro en comunidad, podría recogerse esta primera parte con un signo: sobre una cruz poner fotografías con rostros que reflejen la orfandad y luego, al ir pidiendo perdón, poner sobre ellos flores de consuelo y de ternura).

II. ¿PUEDE UNA MADRE OLVIDARSE DE SU NIÑO?

«¿Acaso olvida una madre
a su niño de pecho,
y deja de querer
al hijo de sus entrañas ?
Pues aunque ella se olvide
yo no te olvidaré».
(Is 49, 15)

El Pueblo de Israel en su Historia de Salvación muchas veces se sintió solo, huérfano, abandonado. Su Dios, fuerte, roca, guerrero y defensor ante el enemigo, se le manifestó, más bien, en imágenes masculinas, es por eso que no deja de ser admirable que una mentalidad tan patriarcal como la veterotestamentaria, en la que Yavé es irremediablemente un Dios masculino, acaben haciéndose presentes los rasgos maternales, aunque sea de forma indirecta.

Y es curioso que ante la deserción de muchos en el momento del destierro de Babilonia, el profeta Isaías compare sus dioses, marduk, el poderoso dios babilonio, con el verdadero Dios, el Dios de la Alianza. La metáfora es desde lo femenino, riéndose de los dioses que tuvieron que ser transportados por bestias de carga para no caer en manos enemigas. Paradójico que sean los hombres los que tienen que cargar con sus dioses y no Dios con los hombres. Es entonces que el profeta les anuncia el rostro materno del verdadero Dios:

«Escuchadme, pueblo de Jacob, y
todo el resto de Israel, a quienes
cargué desde el vientre materno, y
ayudé desde el vientre de sus madres ».
(Is 46, 3)

Ese pueblo, con quien el Dios de Abraham ha hecho su Alianza, lo que desea en el transcurso de su Historia es cantar la acción salvífica y protectora de Yavé y usará indistintamente la imagen de guerrero o la del parto:

«Desde hace tiempo guardaba silencio,
me callaba, me contenía;
ahora grito como la mujer
cuando da a luz,
me sofoco y suspiro ».
(Is 42,14)

Ese Dios es el «Diverso» por esencia, el totalmente Otro. Desde los límites de la analogía, encontramos comparaciones que atribuyen a Dios cualidades masculinas y femeninas.[2]

En realidad se trata de un padre / madre inclusivo que concibe la vida, la da, la cuida, la defiende, la alimenta, la acompaña, porque ¿cómo puede una madre olvidarse de su niño?

«Fui yo quien enseñé a andar a Efraín,
y lo tomé en mis brazos...
fui para ellos como quien levanta

2. Cr. Juan Pablo II. *Mulieris Dignitatem*, No. 8.

un niño hasta sus mejillas
o se inclina hasta él para darle de comer».
(Os 11, 3-4)

La ternura de Dios se manifiesta tanto en el cuidado del padre como en los dolores de la madre por el hijo. Es el Dios que quiere entrañablemente, que es clemente y compasivo, paciente, lleno de amor y fiel (cf. Ex. 34, 6). Ese Dios que posee metafóricamente una matriz.

En el vocabulario hebreo se usa un término que indica ternura, misericordia, compasión *(rahamim)* y tiene la misma raíz que entrañas, útero, matriz *(réhem)*.

Es ese Dios que no puede olvidarse de su niño y a quien se le conmueven las entrañas porque ama gratuita e incondicionalmente. Es ese Dios nuestro que con cuerdas de ternura y lazos de amor atrae a sus hijos. Es ese Dios que con la ternura entrañable, pone la compasión y el consuelo (cf. Jer 31, 20-21; Is 49, 14-15; Os 11, 4; Is 66, 13).

También en el Nuevo Testamento, Jesús nos revelará el corazón de Dios de manera nueva y a la vez desconcertante. Porque «el padre no es sólo el gran patriarca», dice Nouwen en el *Regreso del hijo pródigo,* «es madre y padre, toca a su hijo con una mano masculina y otra femenina. El sostiene y ella acaricia. El asegura y ella consuela. Es, sin lugar a dudas, Dios, en quien feminidad y masculinidad, maternidad y paternidad, están plenamente presentes... y la mano femenina y tierna del padre está en posición paralela al pie desnudo y herido del hijo (en la pintura de Rembrandt), mientras que la mano fuerte masculina está en posición paralela al pie calzado con la sandalia». [3]

Jesús mismo recoge la tradición de los profetas. Un día, acongojado por el rechazo de su pueblo, deja salir de sus labios un reproche sobre Jerusalén: ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que Dios te envía!... (Mt 23, 27)

Y compara de una manera tierna y cariñosa el amor de Dios, el Dios de la Alianza, con el cuidado de una gallina que desea reunir a sus pollitos debajo de sus alas.

Ed. PPC. 17 Ed. Madrid, 1997, p. 108

El corazón de Cristo, corazón del Dios Vivo, se nos revela como el corazón con entrañas de misericordia, porque ¿puede el Señor con corazón compasivo olvidarse de su pueblo?

•Al igual que el pueblo de Dios, todos, de alguna manera, hemos experimentado en nuestra historia personal de salvación las entrañas compasivas de Dios, su consuelo, sus dos manos dándonos acogida y perdón. Hoy, quédate al terminar esta parte, con los versículos de la Palabra que te tocaron más el corazón. Guárdalos, rúmialos, gústalos como el niño gusta la caricia de su madre.

III. GESTORES DE UNA IGLESIA MISERICORDIOSA

1. Alas que cobijan. Dios también es madre, acoge, anima y acompaña:

Desde la toma de conciencia, como gracia, del rostro paterno/materno de Dios surge un deseo de conversión, surge ese gran deseo de cambio, de manera nueva de vivir. El Dios de nuestro Señor Jesucristo tiene alas que cobijan, tiene corazón de madre. Y una madre no pone condiciones al amor, no pide nada a cambio porque este amor es siempre gratuito, es todo don: «el amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó a nosotros» (1 Jn 4, l0).

Del amor condicional al amor gratuito:

- Abre la puerta de par en par.
- Acoge desinteresadamente.
- No pidas nada a cambio.
- Muestra ternura.
- Gózate en la gratuidad.
- Sé don para los demás.
- Que todos se sientan bien en tu compañía.

Cuando hoy todo se compra y se vende en el gran mercado del mundo, la Iglesia tiene que ser signo del amor incondicional de Dios, comunidad que acoge, anima y acompaña procesos de vida. También la Vida Religiosa, signo de fraternidad como arte de vivir, debe volver a renovar su vida comunitaria como signo y profecía de ser casa, familia de Dios.

2. Mano que se tiende. Dios también es madre y espera siempre:

Es una constante dentro del sistema de vida actual el cansarse de las cosas, el dejar proyectos a medio camino, el pasar por encima de todo sin hacer de la vida algo serio y perdurable. La persona hoy arrastra una debilidad que le hace incapaz de grandes compromisos.

Nuestro Dios, padre/madre, es el fiel, es el incondicional, es el que tiende la mano para hacer Alianza perpetua.

De la fidelidad pasajera a la fidelidad inquebrantable.

- No te canses nunca de esperar.
- Ama sin condiciones.
- Sé fiel y constante en tus compromisos.
- Tiende la mano gratuitamente.
- Disculpa cuando otros señalan con el dedo.
- Acompaña pacientemente procesos de vida.
- Renueva tu alianza con el que es el Fiel.

Ante tanta inconstancia en el amor y en medio del túnel oscuro de la desesperanza, el signo de nuestra Iglesia y de la Vida Religiosa es ser madre en la paciencia y en la espera, ser mano tendida a todos como reflejo del amor inquebrantable de Dios hacia la humanidad.

3. Entrañas de Misericordia. Dios también es madre y engendra vida nueva:

Hoy todo se enjuicia. La falta de respeto a la vida privada de las personas es un virus que lo envuelve todo. Y de ahí a la condena y a la descalificación no hay más que un paso. También en la Iglesia y en la Vida Religiosa el juicio y la descalificación entre hermanos es un pecado que rompe la comunión. El sentir de los más pobres y excluidos es que sobre ellos cae más el juicio y la condena que la escucha respetuosa de la propia historia.

Jesús, rostro de la compasión de Dios, «no vino para condenar al mundo sino para salvarlo» (Jn 3, 17) y desde ahí ayudar a pasar del temor que perturba y culpabiliza al consuelo de Dios que pacifica.

Del juicio y la condena a la compasión y la ternura

- No eches en cara.
- No enjuicies al hermano/a.
- No culpabilices.
- No reproches.
- No te ensañes en el otro.
- No desprecies a nadie.
- Perdona siempre.
- Anda en la luz y la verdad.
- Ofrece oportunidades.

Es cierto que ya se están dando pasos, pero el Señor nos pide más. Nos pide pasar de una actitud autoritaria a otra de más respeto y compasión; nos pide pasar de un estilo frío y «racional» al lenguaje del corazón. Nos pide ser más Iglesia caricia de Dios para todos y muy en especial para los más pobres y abandonados.

Vida Religiosa, vigía en la noche, un signo tenue, pero indiscutible de que Dios no abandona a sus criaturas a su destino de víctimas, porque tiene entrañas de misericordia y vela siempre por la vida.

No se trata de dar alternativas apresuradas, sino de mantener viva la memoria de la esperanza.[4]

Vida Religiosa, signo de la ternura de una madre, que acampa entre los hombres y mujeres de su tiempo, que pone su tienda entre los huérfanos y excluidos de este mundo con el desafío evangélico, no tanto de ser respuesta, como acompañamiento y signo de la cercanía y ternura de Dios.

Vida Religiosa, una profecía modesta, que no pide ser tomada en cuenta en el juego de este mundo, sino que al igual que Jesús de Nazaret, quiere ser Buena Noticia, anuncio de relaciones nuevas, encuentro de lo masculino y femenino que visibiliza el rostro de Dios que es Padre y Madre.

4. Cf. Aporte Teológico para la XIII Asamblea General de la CLAR en Boletín de la CLAR No. 4, Julio-Agosto 1997, págs. 35-38. P. Simón Pedro Arnold, o.s.b.

• Interpelación:

♦ ¿Qué quieres agradecer al Señor como luz recibida en este retiro?

♦ ¿Qué aspecto nuevo del rostro de Dios quieres vivir mejor para visibilizar una Iglesia más misericordiosa?

ORACION

Como un niño en brazos de su madre,
quiero reposar en tí, mi Dios.
A la sombra de tus alas me refugio
y tu fidelidad será mi fortaleza.

Que tus lazos de amor
me aten para siempre a tu Alianza.
Que tu regazo materno
sea sosiego para mi vida cansada.
Y que tu mano fuerte y cariñosa
conduzca mis pasos
por los caminos de la vida.

Oh mi Dios y Padre
Dios de nuestro Señor Jesucristo,
que por tu gracia
pueda transparentar a muchos
tu paz y tu ternura,
tu compasión y
misericordia. Amén

ACTIVIDADES PARA 1.999

JULIO

Encuentro

COMISIONES NACIONALES

SANTA FE DE BOGOTÁ

JULIO 4

Retiro

TESTIGOS DEL PADRE MISERICORDIOSO.
PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO

SANTA FE DE BOGOTÁ

JULIO 18

INFORMES E INSCRIPCIONES

CONFERENCIA DE RELIGIOSOS DE COLOMBIA
CARRERA 15 NO. 35-41/43
TELS: 338 3946 - 338 3947
FAX. 338 1600
APARTADO AÉREO NO. 52332
SANTA FE DE BOGOTÁ D.C.

Vinculum
vol. 32 / n. 195 (1999) 43-51

He escuchado el clamor de mi pueblo

Isabel Barroso, o.p.
Subdirectora de Testimonio

Tomado de la Revista Testimonio No. 171.
Enero-Febrero 1999. CONFERRE Chile

I. MAS ALLA... MAS LEJOS POR EL DESIERTO

Una vez más se te brinda la oportunidad de romper con tu ritmo cotidiano, de salir de tu espacio habitual y adentrarte en el desierto. Puede que en un primer momento no te resulte muy atrayente la propuesta. El camino por el desierto es árido y solitario; es una tierra inhóspita e infecunda. En ella estamos expuestos a todo tipo de peligros, pues allí nos enfrentamos con los poderes hostiles a la vida. Sin embargo, al igual que el pueblo de Israel, sabemos que no sólo es el lugar de la prueba y la purificación, sino que es el ámbito propicio para el reencuentro y la conversión. Por eso, como el profeta Oseas, dejemos resonar en lo profundo del corazón las palabras del Señor:

«Por eso yo la seduciré, la llevaré al desierto, y le hablaré al corazón» (Os 2, 16)

Al igual que Moisés que, un día, decidió abandonar su entorno seguro y familiar, las sendas trilladas, para aventurarse más allá, más lejos por el desierto, te propongo hoy rehacer su experiencia, abierto a la imprevisible novedad del camino. Sin duda, hace falta una decisión firme, pues es un itinerario no exento de riesgos y el rumbo no está trazado con claridad de antemano. ¿Adónde nos llevará? ¿Con qué nos encontramos?

Cuando Moisés se puso en marcha, adentrándose por un territorio desconocido, más allá de las tierras de Madián, seguramente no era consciente de lo que le iba a suceder ¡Dios le salió al encuentro y! cambió el rumbo de su vida! ¿Podrá ocurrir algo semejante contigo?.

Dispónte para el camino con confianza.

II. DE ESCLAVO A PASTOR ACOMODADO

¿Cuál es la verdad sobre este hombre, Moisés, que avanza por el desierto? Moisés hoy es un hombre desterrado, lejos de su pueblo, «extranjero en tierra extraña» (Ex 2, 22). El camino de Madián al Monte Horeb no es el primer gran desplazamiento que le ha tocado protagonizar. Otros lugares, otras rupturas, otras salidas, han ido configurando su historia, modificando su existencia, cambiando sucesivamente el rumbo de su vida. Moisés ha vivido un proceso formativo duro, marcado por saltos cualitativos imprevistos y dolorosos, que lo han ido preparando para recibir una misión totalmente inesperada.

Hagamos memoria:

Obligado por las órdenes del faraón, es arrancado del regazo de su madre y del seno de su pueblo, y arrojado al Nilo, condenado a muerte. Salvado de morir ahogado en el río pasa a la casa del faraón. De un hogar de israelitas esclavos, viviendo bajo un régimen de muerte y sufrimiento, pasa al palacio del faraón, centro del poder opresor.

Como adolescente apasionado vive escindido entre dos lenguas, dos culturas, dos tradiciones y tantos dioses cuantos nutre Egipto.

Pasados los años, sale en dos oportunidades del ambiente privilegiado que le proporciona la corte del faraón y entra en contacto con el sufrimiento de su pueblo (Ex 2, 11 -14). Se implica en la defensa de su gente, pero

fracasa. Se gana así la enemistad de Egipto y del pueblo de sus hermanos. Preso del miedo, huye del castigo, escapa de la policía del faraón y cruza las peligrosas fronteras del Imperio.

El homicidio de un egipcio le reintegra al seno del mundo semítico al que pertenece por tradición familiar. En Madián retorna a la vida patriarcal, se casa y se queda junto a su suegro, pastoreando su rebaño. Del palacio de Egipto a las labores campesinas, en el exilio, lejos de su gente. Aquí hace el aprendizaje de su nueva libertad y de su soledad.

Al iniciar este camino por el desierto tú también puedes empezar por hacer memoria y tomar conciencia de las experiencias fuertes que has ido viviendo a lo largo de tu vida y que te han ido configurando. Los lugares en los que has vivido, las culturas en las que has crecido, las relaciones que has ido creando, han forjado tu identidad. Las tierras por las que has caminado han dejado huella también en tu espiritualidad, en tu manera de descubrir la presencia de Dios en tu vida. ¿De qué manera todo esto te ha llevado a ser el hombre o la mujer que eres hoy? ¿Te ha ido acercando o alejando del pueblo sufriente?

Los desplazamientos, las rupturas que vivió Moisés le fueron arrancando y alejando sucesivamente de la proximidad con su pueblo, de las situaciones de injusticia que padecía (cf. Ex 2, 23-25). Ahora, inmerso en un ambiente pacífico y de bienestar, no escucha los gemidos de su pueblo, no ve las condiciones de trabajo inhumanas que padecen, no se conmueve por los lamentos de su gente...

A veces nos preguntamos con dolor si algo semejante no nos ha ocurrido a nosotros/as como Vida Religiosa. En los años 70, con la irrupción de los pobres en la sociedad y en la Iglesia, se produjeron fuertes desplazamientos de muchos de nosotros/as hacia las periferias, insertándonos en medios populares, campesinos e indígenas. Desde entonces hasta nuestros días se han ido dando transformaciones rápidas y profundas a todos los niveles, generando un sistema mundial globalizado en el que los pobres han ido quedando abandonados a su propia suerte. Hoy sabemos que el sistema neoliberal coloca en la basura de la exclusión inmensas mayorías del planeta.[1]

1. Cf. COMBLIN, José, As Aporias da Inculturação (II). REB 56, fasc. 224 (1996), pg. 907

Sin embargo, constatamos con preocupación que se ha producido un cierto cansancio, estancamiento, alejamiento y repliegue entre nosotros/as en cuanto a nuestra capacidad de estar comprometidos/as con nuestros pueblos empobrecidos y generar respuestas proféticas y significativas para enfrentar las nuevas pobrezas.

Quizás sería el momento para preguntarte:

¿Dónde y cómo me sitúo en esta aldea global? ¿Cuán cerca estoy hoy de las realidades de pobreza y exclusión de mi pueblo?

¿Qué impacto ha producido en mí el sistema neoliberal en el que estamos sumergidos: detectas en ti algo de esa apatía, estancamiento y falta de compromisos audaces que señalábamos?

III. ANTE LA ZARZA ARDIENTE

Acerquémonos y dejémonos iluminar por la Palabra, por la experiencia vivida por Moisés en el monte Horeb (Ex 3, 1-8):

Moisés pastoreaba el rebaño de Jetró, su suegro, sacerdote de Madián. Guió al rebaño lejos por el desierto, y llegó al Horeb, la montaña de Dios, y allí se manifestó el ángel del Señor bajo la apariencia de una llama que ardía en medio de una zarza. Al fijarse, vio que la zarza estaba ardiendo pero no se consumía.

Entonces Moisés se dijo: «Voy a acercarme para contemplar esta maravillosa visión, y ver por qué no se consume la zarza». Cuando el Señor vio que se acercaba para mirar, lo llamó desde la zarza.

- ¡Moisés! ¡Moisés!
El respondió:
- Aquí estoy.
Dios le dijo:
- No te acerques; quítate las sandalias, porque el lugar que pisas es sagrado.
Y añadió:
- Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.
Moisés se cubrió el rostro, porque temía mirar a Dios. El Señor siguió diciendo:

- ¡He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído el clamor que le arrancan sus opresores y conozco sus angustias! Voy a bajar para librarlo del poder de los egipcios. Lo sacaré de este país y lo llevaré a una tierra nueva y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel, a la tierra de los cananeos, hititas, amorreos, pereceos, jeveos y jebuseos.

Moisés camina por el desierto hasta llegar a la montaña de Dios, al monte Horeb. Al llegar al cerro ve algo que jamás había visto: una llama de fuego que arde en el corazón de un zarzal. Es una visión increíble, un espectáculo extraordinario, que necesita ser contemplado de cerca para poder comprenderlo.

El fuego que arde da miedo, es *mysterium tremendum* porque devora todo, no perdona nada y uno no sabe cómo defenderse de él. Pero, además, es un fuego que no se consume, por lo que tiene una fascinación especial, excita la curiosidad, el deseo de ver y acercarse, es un *mysterium fascinans* que atrae.[2]

Y, allí se produce una experiencia revolucionaria. Moisés descubre a Dios en un acontecimiento -la zarza ardiente- y El le sale al encuentro por medio de su palabra.

a) ¡Moisés! ¡Moisés!

Al acercarse a la zarza lo primero que escucha Moisés es su nombre, alguien le llama por su nombre. En ese lugar desértico, lejos de todos, alguien lo conoce por su nombre.

Recordemos que para el mundo semita el nombre lo es todo. En el Génesis, la primera tarea que Dios propone al hombre es darle nombre a sus creaturas (Gn 2, 20). Adán da así nombre a todos los animales, los pájaros del cielo, los animales de los campos. Conocer el nombre de alguien es tener poder sobre él, para designarlo, para comunicarnos con él. Sólo existe lo que tiene nombre, sólo por el nombre se puede llegar a ser.

Así se entabla el diálogo entre dos seres presentes el uno al otro: Dios y Moisés. Dios, al llamar a Moisés por su nombre, le da a conocer que no

2. Cf. MARTINI, Carlo. Guías en el desierto. Moisés, Pedro, Ignacio y... nosotros. Verbo Divino, Navarra, 1996, pg. 40.

sólo sabe quién está allí ante El sino que conoce su historia, le conoce por dentro, penetra su corazón y conoce sus sentimientos. De la misma manera Dios te conoce a tí y hoy te llama por tu nombre, un nombre inconfundible, y quiere entrar en una relación de comunión nueva contigo.

En este momento te invito a actualizar esta misma experiencia de Moisés. Deja resonar en tu interior tu nombre, pronunciado por Dios mismo. Ponte en la presencia del Señor tal y como eres, sin máscaras, consciente de lo que brota en tu interior, dejándote conducir por la fuerza que viene del corazón.

Ante la zarza que arde siente ese fuego interior que quema en tus entrañas, un fuego incandescente, extraño y seductor: es la presencia del amor del Padre, Fuego de amor que te invade y purifica, derritiendo tus resistencias. Fuego que te envuelve totalmente, que te abrasa y transforma, hasta configurarte con El...

Y repite como Moisés: «Aquí estoy».

b) Sácate las sandalias

Antes de proseguir el diálogo, Dios le invita a Moisés a realizar un gesto que le llevará a situarse en humildad en ese lugar sagrado. Le dice: «Sácate las sandalias».

Descalzarse nos hace sentirnos más desprotegidos, vulnerables e indefensos. Puedes hacer la experiencia. Sácate el calzado y camina por la tierra conectando con todas las sensaciones que te vengan a través de la planta de los pies. Seguramente te sentirás más inseguro, andarás más despacio, atento al camino, sintiendo las asperezas o la suavidad de la tierra.

Estar con los pies descalzos es un gesto de pobreza; quiere suscitar la apertura, la libertad y la disponibilidad interior para que Dios pueda obrar en nosotros. Dios quiere cambiar el rumbo de la vida de Moisés y, para eso, le necesita libre, humilde, pequeño, abierto a la sorpresa y a la novedad que supone este encuentro. Y, por eso, empieza por pedirle que se descalce.

Muchas veces nuestro encuentro con Dios es un encuentro condicionado: sí, pero... No dejamos que nos modifique, que nos desinstale, que nos proponga algo nuevo... No nos gusta situarnos indefensos y desprotegidos ante El, pues preferimos controlar el rumbo de nuestra existencia. Queremos

saber adónde no va a llevar para planificar y programar nuestra vida con tranquilidad. Quisiéramos decirle a Dios por dónde nos ha de acompañar y conducir... Pero Dios no se deja encasillar. Irrumpe en nuestra vida para reorientarla nuevamente, para que seamos agentes de transformación en la historia de su pueblo.

También te invita hoy a descalzarte, a despojarte de tus amarras y resistencias para situarte en profunda libertad y disponibilidad en su presencia.

Pregúntate:
¿Qué «sandalias» me habré de quitar yo?
¿Qué tipo de defensas y protecciones me suelo colocar para no estar libre y vulnerable en la presencia de Dios?

c) Yo soy el Dios de tu padre... Yo soy el que soy

¿Quién es este Dios ante quien Moisés se cubre el rostro? Es el Dios de sus antepasados, ligado a una historia de amor, el Eloim de Abraham. Sin embargo, ahora, en las soledades de la montaña, Yhavéh se revela en la contemplación de Moisés de una nueva manera y desconocida. Es un Dios que hace camino con su pueblo, atento a los acontecimientos de la historia. Un Dios que ve y escucha, que tiene entrañas de ternura y compasión. Un Dios que no puede permanecer indiferente ante el sufrimiento y que está decidido a actuar de un modo eficaz e irrevocable para liberar a su pueblo de la opresión.

Sí, Moisés se estremece al mirar hacia este Dios. Ante su presencia se cubre el rostro. Teme mirarle cara a cara. Pero la conversación prosigue. Todo es esencial en este diálogo de una dramática intensidad.

Moisés ve, oye, comprende, mas no se espera todavía lo que va a acaecer. Dios le habla de ese pueblo al que Moisés pertenece y que obsesiona su pensamiento, el pueblo y su miseria. Ha escuchado su clamor frente a los perseguidores: «Sí, El conoce sus dolores». No puede quedar pasivo ante su sufrimiento, se le conmueven las entrañas. Moisés no sabía que su Dios era tan disidente, tan enemigo del sistema faraónico y su proyecto de muerte. No sabía que quería tanto a su pueblo, que estuviera decidido a romper con su sistema opresor y descender para salvarlo. Descubre un Dios misericordioso que hace suyo el sufrimiento ajeno y cuya compasión le mueve a implicarse en la historia para erradicarlo.

Como Moisés ante la zarza, deténte un rato largo a mirar y escuchar. Puedes leer despacio y orar con los salmos 145 (144) y 146 (145), con el deseo de contemplar nuevamente el rostro de Dios. ¿Cómo se te manifiesta hoy a tí ?

d) Ve, pues Yo te envío

Moisés se ha encontrado con Dios y este le encarga una misión imposible: arrancar a su pueblo de la esclavitud. Es el comienzo de una aventura interminable: un hombre emprende la liberación de un pueblo de esclavos, teniendo por única arma un Nombre impronunciable y una meta. Ha de abrir una ruta a la libertad, camino sembrado de pruebas y dificultades, apoyado en la certeza de que Dios es el liberador de su pueblo y que camina con él. A partir de aquí asume responsablemente la misión histórica de identificarse con su pueblo y hacer juntos el camino hacia la libertad, hacia una tierra nueva que mana leche y miel.

Hoy, siglos más tarde, constatamos con indignación que esa liberación aún no se ha alcanzado; el pueblo pobre no sólo sigue sufriendo sino que la brecha entre ricos y pobres se ensancha y ahonda cada vez más. Para nuestra conciencia cristiana, particularmente en América Latina, este «hecho mayor» de la exclusión social constituye un desafío, bajo muchos aspectos inédito: ¿cómo ubicarse frente al «nuevo rostro globalizado del mundo» actual y ser en él una presencia solidaria y transformadora?.[3] Sin duda, esto nos lleva a replantear y renovar nuestra misión desde esta nueva encrucijada histórica buscando nuevas formas de expresión a nuestra opción preferencial por los pobres.

Hoy, en oración, ponte nuevamente a la escucha de la misión que Dios te está queriendo confiar en este momento histórico concreto y pídele esa misma audacia y fortaleza que le animó a Moisés a regresar ante faraón.

IV. REFLEJAR EL ROSTRO DE DIOS EN LA HISTORIA

Esta experiencia de Dios en la zarza se convierte para Moisés en su punto focal, en su experiencia fundante. A ella volverá en los momentos

3. Cf. CLAR. La Vida Religiosa en América Latina frente a un cambio de época. Opción preferencial por los pobres.

de más dificultad. Recordemos que cuando se siente fracasado en su misión y tentado a tirar todo por la borda, cuando el pueblo se había construido un becerro de oro, Dios le hace repetir la experiencia de la zarza ardiente (Ex 34, 5-6).

Esta experiencia no sólo le configura y modifica el rumbo de su vida sino que le sostiene y le mantiene firme en las pruebas y dificultades del camino. Aquí fundamenta su nueva existencia, y por eso en la carta a los Hebreos se dice de él: «*se mantuvo tan firme como si estuviese viendo al Dios invisible*» (Heb 11, 27).

Para tí, ¿cuál es esa experiencia referencial a la que vuelves para reanimarte en los momentos de dificultad?

Necesitamos volver una y otra vez a contemplar nuestra «zarza ardiente» y actualizar ese encuentro con Dios que cambió el rumbo de nuestra existencia y nos puso en un camino inédito de solidaridad. Somos conscientes de que al mirar el rostro de Dios cara a cara siempre nos interpela y cuestiona para ir más allá; nos urge cada vez, con insistencia, a practicar la justicia y el derecho, a implantar relaciones sociales basadas en el sentido humanitario y en la convivencia social igualitaria y fraterna. Y sabemos que el dinamismo de la solidaridad empieza cuando el otro entra en nuestra vida, cuando lo reconocemos como prójimo, cuando sus aspiraciones, alegrías y sufrimientos nos invaden, cambiando nuestros planes y alterando nuestros hábitos.

Hoy, después de haber contemplado el rostro misericordioso de Dios, pídele con insistencia el poder tener sus mismas entrañas compasivas, actuar movido/a por sus mismos sentimientos, ser imagen y semejanza suya para toda la humanidad doliente, reflejando así su gloria como en un espejo (cf. II Cor 3, 18).

¡Que el poder contemplar cara a cara el rostro de Dios encienda en ti ese mismo dinamismo que transformó a Moisés, llevándole nuevamente junto a su pueblo, para ser reflejo de su entrañable misericordia!

ACTIVIDADES PARA 1.999

AGOSTO

Encuentro

VI Semana Nacional de
Vida Religiosa
Santa Fe de Bogotá
Agosto 23 al 27

Retiro

Al Servicio de la vida por la misericordia
del Padre
Santa Fe de Bogotá
Agosto 8

Informes e Inscripciones

CONFERENCIA DE RELIGIOSOS DE COLOMBIA
Carrera 15 No. 35-41/43
Tels: 338 3946 - 338 3947
Fax. 338 1600
Apartado Aéreo No. 52332
Santa Fe de Bogotá D.C.

Vinculum
vol. 32 / n. 195 (1999) 53-64

El Dios del encuentro fecundo

Carlos del Valle, s.v.d.
Consejo de Redacción de Testimonio

Tomado de la Revista Testimonio No. 171.
Enero-Febrero 1999. CONFERRE Chile

I. ANTE EL ESPEJO DE TU PROPIA PROFUNDIDAD

Te invito a hacer silencio en tu interior para poder escuchar la Palabra al escuchar las palabras. Escucha a Dios en los hermanos y hermanas que te rodean..., en aquellos que están demandando un rostro visible de Dios, en tu estilo de vida. Acoge los gemidos de la humanidad, para que puedas alimentar la pasión por Dios -tú consagración- en la compasión con los excluidos -tú misión-. Ponte a la escucha, como Elías, para que lo descubras, no en el monte del heroísmo, sino en la llanura de lo cotidiano, en la brisa suave del deseo y la práctica diaria de un amor efectivo.

Cristo, el Ungido, es aquel que tiene la fuerza de Dios, su Espíritu. También tú has sido ungido/a y necesitas vivir como ungido/a, con la fuerza de Dios. Pide esa fuerza, el Espíritu, para que encienda en ti la auténtica pasión por El encarnada en la compasión con los más pobres y puedas así ser icono del Dios fecundo y fecundante.

Retírate para estar más cerca de todos en el corazón. Espónjate, con Santa. Teresa, en el Dios que descubres en los hermanos. Lleva en tu vida el corazón de Dios a los hermanos, y el corazón de los hermanos a Dios. En tu oración háblale a Dios de los hermanos, y a los hermanos, de Dios. Ensancha tu propia identidad religiosa en el encuentro con los hermanos y hermanas, en el encuentro con Dios.

Silencio, pausa, soledad... te permitirán captar el sentido profundo de las cosas (ser religioso/a) y vivir enamorado, con entusiasmo. Con la contemplación tu vida se transforma en una realidad amada.

Haz que resuene en tí esa autoinvitación de Jesús dirigida a Zaqueo: «Conviene que me hospede hoy en tu casa» (Lc 19, 5). Quizá te encuentres cansado, abatido, con una actitud emotiva y afectiva de desinterés, desafección, distancia, frialdad, agresividad, falta de amor, con el corazón en otra parte. Y el cansancio en la Vida Religiosa no viene de trabajar mucho sino de trabajar poco y, más bien, mal. Una vida descentrada de Cristo desajusta, agota y desgasta, porque actúa en esquizofrenia emotiva, en profunda contradicción. «Vengan a Mí los que están cansados... Tomen mi yugo... Y hallarán descanso».

El Señor invitó a sus discípulos a descansar (Mc. 6, 31) en un lugar solitario, para volver luego al trabajo: «Denles ustedes de comer» (Mc. 6, 37).

II. EN DEMANDA DE ICONOS VIVIENTES

Nos urge hablar de Dios desde las experiencias fuertes de la vida, para llegar a descubrir el sentido divino de lo humano. El punto de partida es la vida, las necesidades de los seres humanos. El que tiene hambre descubrirá a Dios en el pedazo de pan compartido. El excluido podrá tener experiencia de Dios a través de signos de misericordia y compasión. La experiencia o la nostalgia del padre-madre en todo ser humano lo llevará a descubrir el rostro de Dios Padre-Madre ante todo a través de la imagen que de El estemos dando sus servidores. Son esas semillas de la vida de Dios, esparcidas en la vida de los seres humanos, las que nos permiten el encuentro real con el Señor. Basta encontrar el camino de Dios para encontrar a Dios en el camino. El pobre lo descubrirá en la solidaridad; el solitario, en la comunidad. Dios está siempre en la bondad hacia los demás. Que de tu corazón brote una vez más el clamor de la oración: *Señor muéstrame tu rostro, y, dame la gracia de poder reflejarlo ante quienes lo buscan.*

Si antes, al hablar de Dios, poníamos el acento en la pregunta: *¿cómo es Dios?*, hoy los hombres y mujeres que nos rodean nos urgen a que nos preocupemos ante todo de la pregunta *¿cómo somos sus servidores?*. Será necesario que centremos la reflexión en nosotros mismos, en el tipo de Vida Religiosa que llevamos hoy, y que va transmitiendo, a través de ese estilo de vida, los rostros concretos de Dios. El Señor nos llama una vez más a destruir nuestros ídolos, los desórdenes del corazón, para que logremos efectivamente darle cuerpo al rostro del Dios de Jesucristo.

Nuestro mundo humano no es profano; somos nosotros quienes lo profanamos. Hoy estamos perdiendo la capacidad de asombro y contemplación. La vida frenética nos conduce no a la interioridad sino al sometimiento, no a la creatividad personal sino al uniformismo en serie, y también en la Vida Religiosa el uniforme uniforma, así como la divisa divide. De ahí que el ser humano esté vacío, insatisfecho, sin metas ni valores. Nos cuesta comunicarnos con los demás y convivir con nosotros mismos. Nos cuesta sentir la presencia de Dios en experiencias profundamente humanas. Se nos está atrofiando el sentido de la contemplación. Y la contemplación es siempre conmoción que sintoniza con la compasión de Dios. Haz brotar en tu corazón la plegaria: *Como ciervo sediento en busca de un río, así, Dios mío, te busco a Tí*. Vive la oración contemplativa, testimonia la oración, enseña a orar; como religioso o religiosa embárcate también en una pastoral de la oración.

Necesitamos hombres y mujeres contemplativos en la marcha, mujeres y hombres que vivan con espíritu en la profundidad humana. Contemplar es mirar hacia dentro. Es vivir con intensidad. Nos saca de la rutina, de esa tumba del entusiasmo. Por eso, en la Vida Religiosa no basta con hacer el bien, hay que hacerlo bien, y el camino de la obra bien hecha nos lo señala siempre el hermano necesitado. La contemplación nos alimenta las motivaciones e ideales, nos ayuda a disipar las preocupaciones para centrarnos en las ocupaciones; nos posibilita saborear la vida, sin correr frenéticamente. La contemplación nos abre el camino para hablar a Dios desde los hombres y a los hombres desde Dios. La contemplación nos ayuda siempre a elegir lo amado, y amar lo elegido.

Contempla tu propio paisaje interior. Quizá se encuentre un tanto revuelto, y necesites serenar tu océano interior agitado. El mundo frenético que nos rodea también produce en los religiosos y religiosas inestabilidad en los sentimientos, rivalidades, tensiones. Quien está tenso no puede ser

atento. El religioso y la religiosa hoy estamos llamados a ser transmisores de paz y serenidad. «*Bienaventurados los constructores de la paz*».

En las comunidades hay desacuerdos, disgustos, discordia... Jesús no llama a justos sino a pecadores a la vida comunitaria. Si prima el seguimiento de Jesucristo, los desacuerdos y discordias se convierten en motivos de perdón y crecimiento del amor. Pero sal de tu pequeño círculo cerrado, porque los problemas en la vida comunitaria son pequeñeces al lado de los enfrentamientos e indiferencias de la vida social, con descalificaciones, venganzas, engaños, prepotencia y competitividad..., ley del más fuerte, individualismo, hedonismo en el consumo, afán de lucro, de mando..., creciendo el abismo entre los que gozan a manos llenas de los bienes de la tierra y aquellos que son excluídos y se encuentran botados a la vera del camino de nuestras sociedades frenéticamente embarcadas en pautas y modelos de modernización.

III. UN ENCUENTRO FECUNDO: Gn. 18,1-15

El Señor se apareció a Abrahán junto al encinar de Mambré, cuando estaba sentado ante su tienda a la hora del calor. Levantó la mirada y vió tres hombres que estaban de pie próximos a él. En cuanto los vió, corrió a su encuentro desde la puerta de la tienda y, postrándose en tierra, dijo:

- Mi Señor, por favor te ruego que no pases sin detenerte con tu siervo. Haré que les traigan agua para que les laven los pies, luego descansarán bajo este árbol. Voy a buscar un trozo de pan y así se repondrán antes de seguir adelante, ya que han pasado junto a su siervo.

Ellos respondieron:

- Haz como has dicho.

56

Abrahán fue de prisa a la tienda donde estaba Sara, y le dijo:

- Toma enseguida tres medidas de harina, amásalas y haz unos panes.

Luego fue corriendo donde estaba el ganado, tomó un ternero tierno y gordo y se lo dio a su siervo, que a toda prisa se puso a prepararlo. Tomó después queso fresco, leche y el ternero ya preparado, y se los ofreció. El se quedó de pie junto a ellos, bajo el árbol, mientras comían. Ellos le preguntaron:

- ¿Dónde está Sara, tu mujer?

El respondió:

- En la tienda.

El visitante le dijo:

- Bien, dentro de un año te veré de nuevo y para entonces tu mujer Sara tendrá un hijo.

Sara estaba escuchando en la entrada de la tienda, detrás del que hablaba. Abrahán y Sara eran muy viejos, y Sara no tenía ya la menstruación. Así que Sara se echó a reír pensando: «Siendo ya una mujer anciana, ¿voy a sentir placer con un marido tan viejo?» Pero el Señor dijo a Abrahán.

- ¿Por qué se ha reído Sara diciendo: «Cómo voy a ser madre siendo tan vieja»?

¿Hay algo difícil para el Señor? El año que viene por estas fechas te veré de nuevo y Sara tendrá un hijo.

Sara lo negó y dijo llena de miedo.

- Yo no me he reído.

Pero el otro le dijo.

- Sí que te has reído.

Quizá podrías hacer tu reflexión delante de la imagen de la Trinidad de Rouvlev, ese maravilloso icono inspirado precisamente en el texto que nos ocupa. Los orientales han considerado este texto como la revelación de la Trinidad en el Antiguo Testamento. La soledad no es buena ni siquiera para Dios. Nuestro Dios es un Dios-familia, un Dios que busca el encuentro con el ser humano, un encuentro fecundo.

Somos aquello que adoramos. Somos comunión: de la Trinidad-comunidad venimos, por ella y en ella vivimos, a ella vamos. Esta es nuestra fe, y nuestra vida tiene que estar en relación con la fe en Dios. Si Dios es

Trinidad, familia, comunión original, comunidad finalizante, estamos llamados a vivir en comunión; construir la comunidad: superar lo que desune, fortalecer lo que nos une; hacer de la comunidad una imagen de la Trinidad; pasar por este mundo forjando comunidad.

Renueva tu consagración en la Trinidad: «*En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*», para vivir forjando comunidad a través de las oportunidades de encuentro que vas multiplicando en tu vida. Piensa que religioso y religiosa hoy son aquellos que logran crear una atmósfera en torno a sí, donde el respirar el rostro del Dios de Jesucristo sea posible a través de la experiencia del encuentro. Sólo la palabra avalada por la experiencia del encuentro cuenta con energía transformante, vitalidad evangelizadora.

El encuentro es una aspiración fundamental en el corazón de los seres humanos, de los grupos, de los pueblos, de Dios. Todos queremos encontrarnos con los demás. Queremos encontrarnos con Dios, y Dios quiere encontrarse con nosotros. En lo profundo del corazón albergamos un vivo deseo de conocimiento y convivencia con los otros, con Dios. La dinámica para ello es la comunicación. Nos comunicamos para conocernos y encontrarnos. Es ahí donde vamos alimentando la confianza, donde vamos alimentando el alma. El encuentro, por consiguiente, es para todos los seres humanos un acontecimiento fecundo, un hecho salvador.

I. El encuentro

Estamos ante una experiencia de encuentro que pone de relieve el valor humano de la hospitalidad. Demostramos la importancia que le damos al huésped en los gestos de atención que le dedicamos. Esos gestos son el lenguaje de acogida, afecto y cariño que le brindamos. Es el ritual del encuentro, a través del cual alimentamos la amistad: el trato cálido, la acogida sincera, la apertura de corazón. Acoger a una persona es tan importante, que otros quehaceres y preocupaciones quedan en segundo plano.

Como religioso o religiosa, ¿vives consciente de las oportunidades de encuentro que te brinda el día a día? ¿Las aprovechas como *kairós* santificador? ¿No será que la actividad del profesionalismo esté atrofiando en ti la sensibilidad ante la riqueza humana y divina de encontrarte con otras personas para alimentar el encuentro con Dios? El gesto de Abrahán, la hospitalidad y acogida, manifiesta un acto de verdadera fe en el ser humano. Nosotros fortalecemos ese gesto con la motivación que nos da Jesucristo: lo que hacemos al hermano se lo hacemos al Señor (cf. Mt. 25, 40).

2. La comida compartida

El pan, el alimento, está para ser compartido, y no acaparado. En la vida cristiana todo lo que no se comparte resulta indigesto. Si decimos que el pan es sagrado, queremos decir de hecho que lo sagrado es la vida que el pan alimenta, porque el pan es vida en forma de alimento. De ahí que el pan no esté únicamente para alimentar el estómago. El pan compartido alimenta la vida, alimenta la unión. Comemos juntos para fraternizar, para alimentar el encuentro, la amistad, la comunión, esa semilla de la vida de Dios en nuestra vida. Por eso, según el texto, en torno a la mesa, en la comida compartida, surge la conversación, la puesta en común de aquello que quienes se encuentran llevan en el corazón. Quienes se encuentran comparten la vida, las preocupaciones, lo que tienen en el corazón.

En los tres personajes Abrahán descubre el rostro de Dios. Es Dios quien ha entrado en la tienda de Abrahán para encontrarse con él y compartir la mesa. Si Abrahán ha ejercido la hospitalidad ofreciendo lo mejor que tenía, los personajes (Dios) responden asimismo con el regalo del cumplimiento del deseo más profundo que acompaña al anciano anfitrión: la descendencia, la promesa de un hijo. El encuentro ha sido salvador, ha sido fecundo. Ahrahán ha ofrecido su tienda. Dios le ha dado la vida. El encuentro ha culminado en torno a una mesa donde se abre el corazón, y cada uno pone lo mejor de sí. El encuentro es salvador en sí: nos saca de nosotros mismos, nos levanta, alimenta la esperanza, el cumplimiento de los anhelos más profundos.

El texto continúa poniendo de relieve la confianza que Abrahán ha alimentado en ese encuentro de amistad, y que le lleva a hacer de intercesor: pide a Dios con insistencia por los demás. Ha visto y gustado la bondad del Señor y quiere que otros participen de esa experiencia. Piensa que también tú tienes en tus manos la responsabilidad de que otros puedan gustar la bondad del Señor a través del rostro que de El vas reflejando en tu estilo de vida.

El texto del Génesis nos lleva a pensar en Jn. 15, 12-17: También Jesús en el contexto de una cena de despedida llama «amigos» y no «siervos» a sus discípulos. Jesús pone de relieve la elección de amistad que ha realizado para que los amigos, los elegidos, los discípulos, den fruto. Encontramos en Jesús la profundización del mismo argumento: la elección de amistad para ser fecundos, y la invitación de pedir al Padre a partir de la amistad.

Y nos preguntamos: ¿,quién es el Dios de Abrahán?... En el texto descubrimos a un Dios cercano al ser humano que quiere encontrarse con él y desea dialogar sobre sus problemas, su vida. Un Dios que quiere encontrarse con el ser humano, quiere compartir su vida con él. Se presenta como amigo cercano, y ese encuentro gratuito con El es salvador, es fecundo, produce fruto, le da la vida gratuitamente a quien está dispuesto a encontrarse con El.

Descubrimos un rostro de Dios cercano al Abba-Padre de Jesús. Ese rostro de Dios se manifiesta, no con palabras, sino con gestos en favor de Abrahán y Sara. En el relato Dios no dice nada de sí mismo. Abrahán y Sara quedan con una imagen renovada de Dios, una imagen fruto de una experiencia vivida, y no de teorías o explicación conceptual. Dios se revela a través de aquello que hace en favor de Abrahán y Sara. ¿Cómo logras revelar tú el rostro de Dios a los demás'? Es tu comportamiento, tu vida, lo que de hecho puede constituir el auténtico icono de la Trinidad. La plataforma de la Vida Religiosa te está ofreciendo inmensas oportunidades para que tu vida sea fecunda, y los demás puedan percibir en el encuentro contigo al Dios salvador. Si Dios no se define como «el que es», sino el que es por y para nosotros, por y para tí, asimismo tu vida debe definirse por aquello que es por y para los hermanos y hermanas. Si eres religioso o religiosa, simplemente no podrás vivir sin cultivar el encuentro fecundo y fecundante con los hermanos y hermanas que lo están demandando como gran urgencia religiosa hoy. *Si escuchas la voz del Señor, no endurezcas tu corazón.*

IV. DE LA ESTERILIDAD A LA FECUNDIDAD

Dijimos que nos preocupaba la pregunta, no tanto de *cómo es Dios*, sino más bien de *cómo son sus seguidores*. Nos preocupa que el estilo de vida de los seguidores del Señor llegue a ser efectivamente don y ternura de Dios, terapia para la humanidad hoy. Como religiosos y religiosas, no se trata de refugiarnos actualmente en el profesionalismo para ser fecundos. A mediano y largo plazo ese mecanismo «esterilizante» logra situar a la Vida Religiosa en sala de cuidados intensivos. Su fecundidad para la sociedad debe mostrarse, más bien, en el fundamento de la propia identidad, que seguirá siendo la experiencia de Dios, de ese Dios que se muestra en el encuentro fecundo con los seres humanos. Estás llamádo/a a ser testigo del Dios del encuentro fecundo con los hombres y mujeres de hoy. Tu Vida Religiosa será fecunda y fecundante...

- Si crees en el valor de las cosas pequeñas: el grano de mostaza, la levadura en la masa, el pequeño rebaño..., siempre que esas cosas pequeñas

y cotidianas sean hechas por tí con sangre y con corazón, es decir, con humanidad, con vida. La fecundidad de tu humanidad, de tu Vida Religiosa, aparecerá en frutos pequeños, insignificantes..., detectables a menudo únicamente desde la sensibilidad de la fe. Será el ministerio de tu ser profundamente humano/a aquello que en primer lugar te hará llevar una vida fecunda y fecundante en favor de los demás, siendo contemplativo/a en la marcha, sensible y coherente en la entrega diaria, con la ternura de la gratuidad, amando a hombres y mujeres con un corazón ecuménicamente joven. Recuerda que es más fácil ser fecundos entregando la vida en un gesto puntual heroico que en la fidelidad de cada día, en la oscuridad del anonimato y de las pequeñas cosas.

Asume tu responsabilidad en el trabajo, la oración, la vida comunitaria, sin vanagloria infantil ante el éxito, ni depresión ante el fracaso. Entra en tu humanidad, viviendo con espíritu en tu profundidad humana, con motivaciones e ideales. De lo contrario, corres el peligro de que Jesucristo no pase de ser una mera doctrina en tu vida, y no una buena noticia. Deberás aprender a acoger en tí a tu hermana indigencia, esa pobreza que te lleva a realizar cosas pequeñas, y que de hecho es lo que efectivamente te dispone a acoger la humanidad de Dios que se llama Jesús de Nazaret.

- Si encarnas el ministerio de la misericordia, la compasión, la ternura... en el encuentro con el pobre, entrando asimismo en esa compasión de Dios que se llama Jesucristo. Misericordia significa «poner el corazón junto al miserable». Es el necesitado quien te está indicando tu misión. No se trata sólo de amar al cercano, sino de aproximarse al necesitado. Abrir los ojos y acercarse, dejar el camino que se hacía. El encuentro con el necesitado te saca de la comodidad, insensibilidad, dureza de corazón; te cambia, te hace misericordioso/a, te salva. En el encuentro con el necesitado descubrirás la labor, la tarea, la misión, la respuesta que debes darle al Señor, el cambio, la conversión, el camino de una Vida Religiosa realmente fecunda.

Como religioso o religiosa en América Latina, debe prevalecer en tí hoy más que nunca el ministerio de la solidaridad, compartiendo efectiva y afectivamente la pobreza solidaria y combatiendo, con la misma efectividad y afectividad, la pobreza injusta. La filosofía neoliberal está reforzando entre nosotros la insensibilidad, la indiferencia, el Pasar de largo, vivir con los ojos cerrados, la insolidaridad. Renueva tu entrega para ser fecundo/a. No vivas ahorrando, reservándote parcelas de tu tiempo, tus medios, tu cariño... Experimentarías una triste esterilidad en tu vida. Vive para los demás,

comprometiendo también tu propia dignidad al tener que afirmar la dignidad de los menos amables, de aquellas personas que simplemente necesitan tu ayuda, tu tiempo, tu vida... para poder vivir.

- Si materializas el ministerio de la escucha, la presencia, cercanía... para cultivar la riqueza del encuentro. Tu Vida Religiosa te ofrece la oportunidad de hablar del Señor con el juego de la pasión y la alegría del encuentro. Para ello tienes que fomentar y alimentar las oportunidades de encontrarte con quienes necesitan tener experiencia de ese rostro de Dios. Y debes aprender a escuchar, no sólo con atención reflexiva, sino ante todo con empatía cordialmente personal, para poder cultivar la amistad del encuentro. No olvides que esa semilla de la vida de Dios que llamamos «amistad» en la vida de los seres humanos es como la luna: si no crece, mengua.

El religioso o la religiosa que no vive con el corazón abierto al encuentro no puede ser fecundo/a. Serán personas irritadas e irritantes, que se quejan de todo, se deshacen en críticas amargas y se recogen en un estéril aislamiento frustrante, propio del solterón. Quizá la rutina, la costumbre, apatía, cansancio... te hagan perder el enamoramiento y te lleven a una situación de anemia espiritual. Te faltaría una pasión por la que dar la vida dando vida.

No olvides que el lugar donde estás condiciona el ver, para hacer posible el encuentro compasivo. La consagración a Dios te está exigiendo una condición: «acércate a los demás, hazte próximo/a para poder amar». En la parábola del buen samaritano, éste mira con misericordia, ve con el corazón y se aproxima compasivo para ver y actuar con amor eficaz. Se trata de un encuentro compasivo, fecundo, salvador. En la vida práctica, una caricia, un comer juntos, una sonrisa, una voz cálida y amiga... liberan de la desesperación y alimentan el ánimo (evangelizan) más que cientos de principios, dogmas, valores, consejos, discursos. En el encuentro fraterno siempre será mejor que pongas corazón sin palabras que palabras sin corazón. Piensa en esa frase -tal vez lapidaria hoy- de Simone Weil: «Una de las verdades fundamentales del cristianismo, desconocida con demasiada frecuencia, es esta: *lo que salva es la mirada*». ¿Qué tipo de mirada les diriges a quienes suponen la escoria ante la sociedad de bien: drogadictos, alcohólicos... o ante la institución eclesial de bien: divorciados, mamás solteras, convivientes...?

- Si te entregas en el ministerio de la esperanza, la alegría, la gratuidad. Ese ministerio de la esperanza lo mostrarás no desanimándote

en el día a día. Es en el día a día donde más difícil resulta superar las incoherencias personales. Es en la llanura de la cotidianidad, más que en la montaña del heroísmo, donde participamos de la cruz que supone el seguimiento de Cristo. Jesús nos está llamando a ser adoradores del Padre en espíritu y en verdad, a ser sus seguidores en espíritu y en verdad: en la vida comunitaria, el trabajo en equipo, asumiendo con elegancia espiritual la incomprensión de hermanos o superiores, la renuncia al protagonismo, la ingratitud e incoherencias de los beneficiarios de nuestro esfuerzo; aceptando tareas que otros no quieren, manteniéndose con abnegada constancia en opciones concretas aunque no aparezcan los frutos inmediatos. Huir de la cruz de la comunidad, de la cruz del trabajo en equipo... sería simplemente rechazar la cruz del Señor.

Vive con gozo, entusiasmo, con un corazón agradecido... para animar, consolar, quitar penas. Vive con el corazón abierto a los hermanos y hermanas, a Dios. Sé hombre o mujer de la palabra y el diálogo, de la comunicación y el encuentro. Vive la vida llevando buenas noticias, asumiendo y contagiando ideales, optimismo, alegría... creyendo en el mañana. Toma en serio el ministerio de la alegría en tu Vida Religiosa. ¿Acaso vives contento/a? No olvides que la alegría para los niños -y quienes son como ellos- es una costumbre; para los adultos, es una conquista. ¿Quién llena más espacio en tu vida, quién te acapara más tiempo: un enemigo en la cabeza o un amigo en el corazón?, ¿un problema de la comunidad o una alegría de la misma?

También en tu comunidad... tu alegría echa puentes de encuentro fecundo, no levanta muros estériles. Es precisamente ese el secreto profundo de la Vida Religiosa: la alegría, el gozo, el entusiasmo. Es el signo de que tu Vida Religiosa va bien: tu relación con Dios, con los superiores, la comunidad, con las personas, el trabajo... Y la puerta de la casa de la alegría se abre siempre hacia fuera. El cortejo de la alegría es la atención, la acogida, el buen humor, la ternura... aquello que precisamente posibilita el encuentro fecundo. Por el contrario: si hay pleito en la cocina, la comida va a la ruina. ¿En qué estado se encuentra esa cocina que llevas en tu interior, desde donde preparas el menú «religioso» que ofreces a otras personas? Si nos quejamos de que los hombres y mujeres de hoy son poco sensibles ante el valor de lo religioso, ¿no será porque hay pleito en la cocina de nuestra vida religiosa y de hecho la comida que ofrecemos está yendo a la ruina?

V. CONCLUSION

El ser humano -tú, yo, nosotros- no vive, sino que convive, y ese convivir queda configurado por el ser de Dios cuando tú eres capaz de reflejarlo en tu estilo de vida. Nuestra sociedad necesita hoy la presencia de hombres y mujeres apasionados, no funcionarios, tomados por el viviente; mujeres y hombres con un conocimiento entrañable de Jesucristo y con gran lucidez ante la falta de nitidez y demanda de iconos del Dios del encuentro fecundo.

Así como la cera está llamada a iluminar, también en la Vida Religiosa los hombres y mujeres, tocados por el Amor de Dios, estamos llamados a reflejar ese rostro amando. «Nosotros creemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos» (1 Jn. 3, 14), así como Jesús pasó de la muerte a la vida porque amó hasta el extremo. Pide al Señor nitidez en el espejo de nuestra Vida Religiosa, para que esos rostros humanos de hombres y mujeres vayan dejando el perfume de la presencia fecundante de Dios. El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo continúa poniendo hoy en nosotros la energía que prende, y nosotros queremos seguir poniendo la cera que alimenta la llama. Pon también tu fe y tu apertura, tu oración y tu trabajo, tu esfuerzo y tus servicios, tu capacidad de escucha y entrega, tu cuerpo y tu alma, elevando una vez más el clamor de tu vida al Padre:

Dios Padre, muéstrame tu rostro en el aire que respiro,
en mis encuentros con los hermanos.
Sana, Señor mi ceguera.
Libérame de la idolatría y el fanatismo,
cuando creo conocerte demasiado.
Conviérteme en icono de tu presencia fecunda,
para que mi rostro humano
deje el perfume de tu presencia fecundante.

Vinculum
vol. 32 / n. 195 (1999) 65-74

TU ERES MI HIJO(A) AMADO(A)

Silvia Vallejo Villa, odn
Presidenta de la CRC

«esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti único Dios verdadero, y al que Tú has enviado, Jesucristo» Jn 17, 3

«Toda la vida cristiana es como una gran peregrinación hacia la casa del Padre, del cual se descubre cada día su amor incondicionado por toda criatura humana, y en participar por el 'hijo pródigo'». Lc 15, 11-32.

«Esta peregrinación afecta lo íntimo de la persona, prolongándose después a la comunidad creyente para alcanzar la humanidad entera». Cfr TMA No. 49.

Este texto con el que el Papa en la Tertio Milenio introduce el año de Dios Padre, nos da unas claves para adentrarnos en el tema que queremos desarrollar en este artículo:

■ Conocer al Padre es la esencia de la vida, es vida que se prolonga más allá; perder esa dimensión es perder algo fundamental.

■ La vida cristiana es como una peregrinación hacia la casa del Padre; el sentido de peregrinación sugiere salida, tiempo, azares, meta. Emprenderla y mantenerse en ella es la exigencia de la vida cristiana.

■ Esa peregrinación afecta lo íntimo de la persona, su relación paterna y filial, base de toda relación humana.

I. EL HOMBRE MODERNO «HUÉRFANO DE PADRE»

Tanto por las situaciones de la familia en donde cada vez más se acusa la ausencia física y/o afectiva del padre, como por las circunstancias que caracterizan las relaciones modernas entre los hombres y las mujeres, tenemos la sensación de que la figura del padre a nivel humano va quedando desdibujada y consecuentemente afectada la figura del hijo; esta puede configurarse, es verdad, desde la relación con la madre, pero reflejará siempre ese vacío del padre, la falta de hogar como lugar de expansión afectiva donde se experimenta y se da acogida, seguridad, apoyo, ternura.

En un mundo invadido por la dimensión de lo público, lo virtual, donde el ansia de poder y dominio atropella lo afectivo, donde al hombre se le ha negado la posibilidad de ser tierno, hay poco espacio físico y sicológico para la expresión afectiva.

En una sociedad dominada por el racionalismo, donde la primacía se da al conocimiento técnico y científico, todos los ámbitos se van volviendo fríos y el hombre y la mujer van perdiendo eso que nos caracteriza como humanos y que en términos generales llamamos afectividad.

La comunicación se pierde allí donde no hay expresión afectiva ni calor de hogar y va mueriendo el entusiasmo por la convivencia familiar; los hijos asisten impotentes a la muerte del amor de sus padres y no se explican por qué ya no ven en ellos las manifestaciones de amor y de cariño que siempre los unieron, ya la distancia creciente llega hasta la separación total.

Este hombre moderno se ha ido adentrando así en lo que podríamos llamar en expresión bíblica «una soledad poblada de aullidos». Es desde allí desde donde Dios Padre quiere sacarnos, nos invita a salir, a emprender el camino de regreso a casa.

Hablamos aquí del «hombre moderno» como el término genérico al que nos habíamos acostumbrado, pero hemos de ser conscientes de que ese hombre somos cada uno y cada una de nosotros, tu y yo, hombres y mujeres, religiosas y religiosos nacidos en esta sociedad alienante donde el ritmo de vida, las costumbres sociales, las reglas de juego en las relaciones, van dejando menos espacio a aquellas dimensiones que humanizan la vida y que en el último término tienen que ver con una afectividad bien integrada.

Este drama que contemplamos con dolor en nuestra sociedad puede tener su reflejo en nuestras relaciones al interior de nuestras comunidades, donde también podemos volvernos personas rígidas y frías, agobiadas por el trabajo, incapaces de sentir con el otro o la otra, con el hermano y la hermana necesitados de un gesto, una palabra, una expresión de cariño. No estamos libres del individualismo que caracteriza a esta sociedad y que nos impide vivir a fondo el espíritu comunitario. También a nosotros el Padre nos llama a ser testigos de su amor y su ternura para los hermanos y hermanas.

II. LA PEREGRINACIÓN HACIA LA CASA DEL PADRE

No es fácil emprender el camino de regreso, nos cuesta desinstalarnos, así sea de la tienda plantada en el desierto, nos cuesta «convertirnos», es decir, reorientar todas nuestras energías, incluso y principalmente las afectivas, en otra dirección: hacia la casa del Padre.

Estamos demasiado marcados por esos valores que tanto pregona la sociedad actual: la autonomía, la libertad, la racionalidad, el afán de conquista, la eficacia, el éxito a costa de todo. No tenemos tiempo para concientizar la alienación que puede estar anidando en nuestro interior; no podemos por tanto escuchar esa llamada de Dios Padre: «elige la vida...». Deut 30, 15-18.

No nos arriesgamos a creer que Dios es Padre, que nos ama como hijos; no queremos volver a la infancia, sentirnos como el niño en brazos de su padre; esto nos suena a sensiblería, a debilidad; renunciamos así a vivir, a elegir el camino de la vida, que es largo y lleva hasta la vida eterna. Y si es que lo hemos emprendido nos cuesta asumir, como Pablo, la lucha interior que supone mantenerse en él; a cada paso experimentamos que no hacemos el bien que queremos porque hay una fuerza interior que se resiste (Cfr Rom 7), al tiempo que hay otra que gime en nosotros con gemidos inenarrables, despertando en nuestro interior ese sentido de filiación que tal vez hemos perdido y que sin embargo se expresa cada vez que nos atrevemos a decir: Padre Nuestro.

Jesús conduce a tres de ellos, sus predilectos, al Tabor, para que escuchen directamente del Padre la revelación en que se ha fundado su ser y su misión; la revelación que les ayudará a entender más tarde la Pascua de Jesús hacia la que se encaminan desde ese momento.

Dios habla desde la nube que los envuelve y se escucha la misma voz, dirigida esta vez a los discípulos que estaban con Jesús: «*Este es mi Hijo, el Elegido, escuchadle*». A partir de esa Palabra todo vuelve a ser lo mismo, vieron sólo a Jesús, pero nada es ya igual; el Jesús que desciende del Tabor tiene ahora, para ellos, una identidad que antes tal vez intuían pero no acababan de creer: Él es el Mesías, el Hijo de Dios; es sobre todo aquel a quien tienen que escuchar para conocerle y para que les revele al Padre.

No sospecharon entonces los tres discípulos que esta revelación del Padre, a través de Jesús, los llevaría también a ellos a descubrirse como hijos; hijos a quienes el mismo Padre ama y envía, hijos a quienes constituye como herederos y a quienes potencia con el mismo don de su Espíritu. Es la revelación que escucharán más explícitamente de Jesús en el momento supremo de la despedida en la última Cena: «*Aquel día comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros.... el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho*». Cfr Jn 14, 9-26. Es la revelación que experimentarán con fuerza después de la Resurrección y la que los llevará a proclamar a todo el mundo, después de Pentecostés, que en Jesús se nos ha revelado el amor del Padre y se nos ha dado su Espíritu.

Encontrarnos así con Dios como Padre es entonces descubrir lo que podemos llegar a ser cuando nos ponemos en camino para realizar como Jesús esa vocación-misión: ser y manifestarnos como hijos de Dios en el mundo y para los demás. La creación entera gime por la realización de esta misión, de este proyecto de Dios que es capaz de liberarla: «*pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios... en la esperanza de ser liberada de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios*». Cfr Rom 8, 19-21.

III. UNA EXPERIENCIA QUE ORIENTA LA MISIÓN

Para Jesús, y para los discípulos después de la Resurrección, la experiencia del amor del Padre, desde el sentido de filiación, es determinante en la comprensión y realización de su misión en el mundo. Es lo que los hace mirar

el mundo desde la realidad de unas relaciones rotas por el individualismo y la insolidaridad; una relaciones frías y calculadas en las que no hay lugar para la ternura y la compasión; unas relaciones basadasa en principios de competitividad que hacen imposible la la construcción de la comunidad humana querida por Dios y anhelada por el hombre y la mujer de todos los tiempos.

La experiencia del amor del Padre, en este contexto, hace que cobre su pleno sentido la promesa hecha al pueblo por el profeta Malaquias y repetida en el Nuevo Testamento al anunciar el nacimiento del Bautista: «*hará volver el corazón de los padres hacia los hijos y el corazón de los hijos hacia los padres*». Cfr. Lc. 1, 17. Es como si ese principio fundante de todas la relaciones fuera clave para reconstruir el tejido social roto por la pérdida de él; sin ese sentido de paternidad y filiación es imposible abrirse a la fraternidad, a la solidaridad, a la misericordia y a la compasión.

IV. REENCONTRARNOS COMO HIJOS, LA EXPERIENCIA QUE NOS FUNDA

Esta es la experiencia que el hombre moderno necesita, la que le puede sacar de su alienación y devolver su identidad

1. La experiencia de Jesús

Para comprender en alguna medida la hondura de esta experiencia y su significación para nuestro mundo, necesitamos ponderar en el corazón, meditar largamente, la experiencia fundante de Jesús en la que tiene su contexto la expresión «*Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco*». (Cfr Mc 1, 9).

Jesús va al Jordán y allí se identifica plenamente con la humanidad pecadora; con los hombres y mujeres deseoso de convertirse por la predicación de Juan; Jesús acude al Jordán para ser bautizado, y es allí , al salir de las aguas, donde escucha la voz del Dios que le sale al encuentro y se le revela llamándole hijo, declarándole su amor profundo de Padre, expresándole el gozo que siente al mirarlo como «su Hijo», dejándole ver el cielo abierto y al Espíritu que descendía sobre El.

Penetrar en los sentimientos de Jesús en este momento clave, fundante de su vida y de su misión, es adentrarnos en lo más profundo del misterio de Dios y de la relación entre Dios y Jesús: Dios que se le revela como Padre que ha engendrado un hijo, a quien ama profundamente (su hijo querido)

y en quien se goza (en ti me complazco); Jesús que se experimenta como el Hijo amado del Padre que lo acoge desde el seno de esa humanidad en la que se ha encarnado y con la que se ha identificado, y lo unge con su Espíritu para la misión que empieza a realizar desde ese momento.

Es también penetrar en lo más hondo del misterio del hombre y de la mujer, descubrir la esencia de lo que somos como personas y lo que podemos llegar a ser cuando nos abrimos a esa relación originaria con «el que nos hizo y nos constituyó», no sólo como Creador que hace al hombre «a su imagen y semejanza», sino como Padre, que nos engendra en amor como sus hijos queridos y se complace al contemplarnos.

Esta es la experiencia más honda de Jesús, la que lo constituye y lo pone en marcha, le desvela su misión: ser y manifestarse como Hijo de Dios para los demás y llevar a los hombre y a las mujeres al conocimiento del Padre que le ha enviado.

Sólo este Dios experimentado y revelado por Jesús, puede anunciarse como principio de vida compartida; sólo el Dios Padre que entrega así a su Hijo al mundo, puede convocarnos a un encuentro con El y entre nosotros, que cambie el rumbo de nuestra vida y el sentido de las relaciones entre los humanos.

2. La experiencia de los discípulos

La Palabra reveladora del Padre, escuchada por Jesús en el Jordán, no se queda sólo en El, ha de ser oída por los discípulos que le van siguiendo.

Jesús conduce a tres de ellos, sus predilectos, al Tabor, para que escuchen directamente del Padre la revelación en que se ha fundado su ser y su misión; la revelación que les ayudará a entender más tarde la Pascua de Jesús hacia la que se encaminan desde ese momento.

Dios habla desde la nube que los envuelve, y se escucha la misma voz, dirigida esta vez a los discípulos que estaban con Jesús: «Este es mi Hijo, el Elegido, escuchadle». A partir de esa Palabra todo vuelve a ser lo mismo, vieron sólo a Jesús, pero nada es ya igual: el Jesús que desciende del Tabor tiene ahora, para ellos, una identidad que antes tal vez intuían pero no acababan de creer: El es el Mesías, el Hijo de Dios; es sobre todo aquel a quien tienen que escuchar para conocerle y para que les revele al Padre.

No sospecharon entonces los tres discípulos que esta revelación del Padre, a través de Jesús, los llevaría también a ellos a descubrirse como hijos; hijos a quienes el mismo Padre ama y envía, hijos a quienes constituye como herederos y a quienes potencia con el mismo don de su Espíritu. Es la revelación que escucharán más explícitamente de Jesús en el momento supremo de la despedida en la última Cena: «*Aquel día comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mi y yo en vosotros... el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho*».

Jn. 14,9.26. Es la revelación que experimentarán con fuerza después de la Resurrección y la que los llevará a proclamar a todo el mundo, después de Pentecostés, que en Jesús se nos ha revelado el amor del Padre y se nos ha dado su Espíritu.

Encontrarnos así con Dios como Padre, es entonces descubrir lo que podemos llegar a ser cuando nos ponemos en camino para realizar como Jesús esa vocación-misión: ser y manifestarnos como hijos de Dios en el mundo y para los demás. La creación entera gime por la realización de esta misión, de este proyecto de Dios que es capaz de liberarla: «*pues la ansiosa espera de la creación, desea vivamente la revelación de los hijos de Dios... en la esperanza de ser liberada de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios*» Cfr. Rom. 8,19-21.

3. Una experiencia que orienta la misión

Para Jesús, y para los discípulos después de la Resurrección, la experiencia del amor del Padre, desde el sentido de filiación, es determinante en la comprensión y realización de su misión en el mundo. Es lo que los hace mirar el mundo desde la realidad de unas relaciones rotas por el individualismo y la insolidaridad; unas relaciones frías y calculadas en las que no hay lugar para la ternura y la compasión; unas relaciones basadas en principios de competitividad que hacen imposible la construcción de la comunidad humana querida por Dios y anhelada también con fuerza por el hombre y la mujer de todos los tiempos.

La experiencia del amor del Padre, en este contexto, hace que cobre su pleno sentido la promesa hecha al pueblo por el profeta Malaquías y repetida en el Nuevo Testamento al anunciar el nacimiento del Bautista; «*hará volver el corazón de los padres hacia los hijos y el corazón de los hijos*

hacia los padres» Cfr. Lc. 1, 17. Es como si ese principio fundante de todas las relaciones, fuera la clave para reconstruir el tejido social roto por la pérdida de él; sin ese sentido de paternidad y filiación es imposible abrirse a la fraternidad, a la solidaridad, a la misericordia y la compasión.

Esta convicción lleva a Jesús a situarse desde los pobres y excluídos de las relaciones que rigen los destinos del mundo y a asumir su defensa; había experimentado con gozo que es a ellos a quienes el Padre se revela en primer lugar: «*Yo te bendigo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a los pequeños*» Cfr. Lc. 10,21. Esa predilección de Dios por los pobres es una constante en toda la tradición bíblica; son bien conocidos los textos que aluden a ese resto, un pueblo pobre que confía en el Señor y en el que El cumplirá sus promesas.

Jesús encarnándose y naciendo pobre, de la Virgen María, manifiesta de modo definitivo esa predilección de Dios; ese amor de Padre-Madre que se conmueve desde sus entrañas cuando mira a su pueblo oprimido y sufriente. Desde su experiencia en medio del pueblo pobre descubre Jesús su misión como Hijo, rechazado por los suyos, pero acogido por aquellos que son capces de recibir el don de la filiación y con ella la gracia de instaurar en el mundo esa nueva creación nacida, no de la carne ni del de deseo del hombre, sino de Dios.

A la luz de esta experiencia de Jesús, entendemos también lo que a nosotros como Vida Religiosa nos va aportando la inserción entre los pobres cuando la vivimos con el espíritu de la Encarnación; los pobres, destinatarios predilectos del amor del Padre, nos devuelven esos valores de sencillez, acogida, generosidad, que hacen posible la comunión, y desde ella el encuentro con Dios, Padre Nuestro, de todos y cada uno, en quien nos descubrimos como hijos y hermanos.

V. UNA EXPERIENCIA QUE ANIMA NUESTRO SER EN COMUNIDAD

La experiencia de filiación, que lleva a la fraternidad, ha de reflejarse también, y de modo significativo, en nuestras comunidades. Es ahí donde estamos llamados y llamadas a ser testigos del amor del Padre que nos ama a cada uno y a cada una como hijos muy queridos y nos convoca a la comunidad de hermanos y hermanas, a la comunidad donde el «mirad como se aman» sea la señal por la que se nos reconozcan como seguidores de Jesús.

Esta comunidad, como decíamos al inicio, necesita construirse en torno a la Palabra de Dios; necesita escuchar, como los discípulos en el Tabor, la voz del Padre que presenta a su Hijo, el Elegido, a quien hay que escuchar. La comunidad necesita alimentarse de la Eucaristía, expresión suprema del amor del Padre que entrega a su Hijo para la remisión del pecado del mundo y la restitución del sentido de filiación y fraternidad.

La comunidad necesita alimentar la experiencia del amor del Padre para vencer el individualismo que la acecha, para construir con realismo la fraternidad, para manifestar con perseverancia el cariño y el afecto por cada hermano y hermana, aceptándolos como son y admitiendo que cada uno sea para el otro un reto a la coherencia y un estímulo a la fidelidad.

VI. UNA DIFÍCIL DECISIÓN, PEREGRINAR HACIA ESA META

Hemos dicho que no es fácil para el hombre y la mujer de hoy decidirse a volver a la casa del Padre. Sabemos que en nuestro mundo hay muchos hijos pródigos, capaces de experimentar su miseria y su soledad y de ponerse en camino al recordar la casa del Padre de donde han salido; en el Evangelio se habla repetidamente de la alegría de Dios por el regreso de ese hijo; pero hay muchos otros que como el hijo mayor de la parábola de Lucas, sin haber abandonado expresamente la casa del Padre, viven en ella como extraños; no han descubierto el corazón grande y compasivo del Padre que ama a todos sus hijos; un Padre que perdona y hace salir el sol y da la vida a todos, justos y pecadores. Ansiosos de poseer, celosos de su libertad, recelosos ante los demás, son incapaces de escuchar esa palabra liberadora del Padre: «*Hijo mío, tu siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo*».

Es importante darnos cuenta de lo que significa para el hombre y el mundo de hoy esa actitud ambigua en la que el hombre vive como extraño ante Dios y por lo tanto ante sí mismo y ante sus semejantes. Extraño pero con esa nostalgia inconfesada del abrazo paternal que le diga: tú eres... yo te amo... en ti me complazco.. todo lo mío es tuyo. Extraño pero sediento de unidad, de pertenencia, de calor de hogar, de gestos de humanización. Extraño y por lo tanto incapaz de encontrarse consigo mismo en la maraña de sus sentimientos ambiguos y encontrados. Extraño y también incapaz de reconocer en el otro a un hermano, de alegrarse con su alegría y sufrir con su dolor. Esta terrible situación de extrañeza es la que va haciendo que ese hombre, esa mujer, privados de la relación filial miren con indiferencia o

con una simple compasión pasiva a los otros, a los que van quedando perdidos o maltratados en los caminos por donde transitan.

No es fácil decidirse a salir de esta situación; es algo que no podemos lograr por nosotros mismos; pero hay un camino, el que el mismo Padre indicó a los discípulos: reconocer a Jesús como el Hijo amado y escucharlo. Escuchar no sólo su Palabra, escuchar en el fondo de nuestro corazón lo que nos dicen sus gestos, sus posturas ente el hombre y la mujer, su actitud ante la vida y la muerte. Descubrirle a El como el Hombre verdadero que revela al hombre y a la mujer su propio misterio: dejar que su ternura y su misericordia, reflejo de la el Padre, venzan en nosotros nuestros orgullos y rigideces, nuestra prepotencia y frialdad.

Pero hay algo más; Pablo, desde su experiencia de hombre nuevo en Cristo Jesús, nos habla de la filiación como fruto de la acción del Espíritu en nosotros; no es por tanto algo a lograr por nuestro solo esfuerzo, sino lo que acontece cuando acogemos al Espíritu que clama en nuestro interior; así lo expresa hermosamente en su carta a los Romanos: «... *no habéis recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor, antes bien recibísteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace clamar Abba, Padre!. El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y si hijos también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo...*» Rom. 8,15-17.

Para esto es preciso recorrer el camino con Jesús hasta el final; haber escuchado como los discípulos la revelación del Padre en el Tabor y continuar el camino que pasa por la locura de la cruz y la desolación del sepulcro vacío; el camino que se ilumina luego con el testimonio de quienes lo han encontrado más allá de esas experiencias desconcertantes; el camino que lleva a hacer la propia experiencia de encuentro con el Jesús Resucitado que nos da su Espíritu y nos envía a comunicar esa Buena Noticia a los hermanos.

Adpostal

Llegamos a todo el mundo!
CAMBIAMOS PARA SERVIRLE MEJOR
A COLOMBIA Y AL MUNDO

ESTOS SON NUESTROS SERVICIOS

VENTA DE PRODUCTOS POR CORREO
SERVICIO DE CORREO NORMAL
CORREO INTERNACIONAL
CORREO PROMOCIONAL
CORREO CERTIFICADO
RESPUESTA PAGADA
POST EXPRESS
ENCOMIENDAS
FILATELIA
CORRA
FAX

LE ATENDEMOS EN LOS TELEFONOS
2438851 - 3410304 - 3415534
980015503
FAX 2833345

Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01458 8844
For use in Library only

For use in Library only